

JOYCE CAROL OATES

DEL BOXEO



ESPA
PDF

Del boxeo es un ensayo sencillo, dramático y de una profundidad evocadora. Te golpea convirtiendo tus recuerdos en jumps, ganchos o rectos de derecha. Te coloca en una posición en donde la insensibilidad solo te convierte en una cosa: un boxeador. Un ensayo donde la exitosa novelista estadounidense vierte certeras reflexiones sobre ser pobre y obstinado, sobre la necesidad de crear héroes y saber triunfar, llevando su mirada y conduciendo la nuestra hacia las raíces del boxeo, aportando

singulares puntos de vista sobre un tema del cual escribieron autores como Ernest Hemingway o Mark Twain: el boxeo como metáfora, como espectáculo e historia, el boxeo visto por la literatura, el cine y las mujeres.



Joyce Carol Oates

Del boxeo

ePub r1.0

GONZALEZ 22.11.14

Título original: *On Boxing*

Joyce Carol Oates, 1987

Traducción: José Arconada

Fotografías de interiores: John Ranard

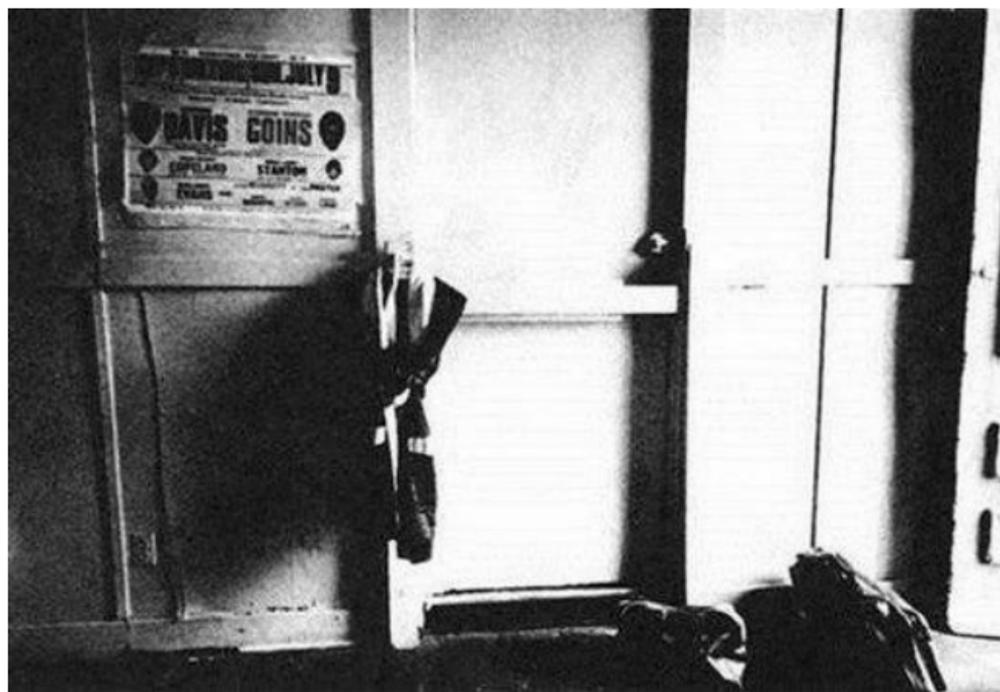
Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Para los contrincantes



1

*Es un deporte terrible,
pero es un deporte...
la lucha es por la
supervivencia.*

ROCKY GRAZIANO,
ex-campeón mundial de
pesos medios

Los dos son jóvenes boxeadores de peso welter, de porte tan uniforme que

podrían ser gemelos, aunque uno tiene la palidez de un pelirrojo y el otro es un hispano de piel morena. Cada uno gira en torno al otro, bajo los focos deslumbrantes, intentando golpes cortos, tentativos ganchos de izquierda, crosses de derecha que se disuelven en el aire o se convierten en inofensivas palmadas. ¿Cómo entrar? ¿Cómo sacar ventaja, hacer un punto o dos, meter un solo golpe? Se diría que han olvidado todo aquello para lo que han sido entrenados y la muchedumbre del Madison Square Garden se torna ruidosa, burlona, impaciente. El tiempo se acaba. «Esos dos... ¿qué les pasa? ¿Se levantaron esta mañana y decidieron ser

boxeadores, o qué?», dice un hombre a mis espaldas, disgustado. (Es moreno, elegantemente vestido, bigote meticulosamente recortado y gafas oscuras. Un sofisticado *fan* de la lucha. Se las sabe todas. Dos horas después estará gritando. «¡Tommy!, ¡Tommy!, ¡Tommy!», una y otra vez en un paroxismo de dolor cuando, en la pantalla gigante del circuito cerrado de televisión que domina el cuadrilátero, el campeón de los pesos medios Marvelous Marvin Hagler insensibiliza a golpes a su temerario retador, Thomas Hearns).

Seguramente los dos pesos medios son conscientes del coro de befas,

abucheos y rechiflas que resuena en el vasto espacio cavernoso, que llega hasta los módicos asientos de veinte dólares del graderío, en medio del incesante tránsito de gente por los pasillos, el entrevero de olores de *hotdogs*, cerveza, cigarrillos, habanos, gomina. Pero ellos siguen desesperadamente entrelazados en su fútil combate —girando, «bailando», pegando corto, palmeando, enganándose—, en lo que ahora es una borrosidad de golpes flojos, de torpes juegos de pierna, de nuevo un sudoroso, tambaleante y desesperado enganche en las cuerdas que provoca un renovado oleaje de burlas mientras el árbitro los ayuda a separarse. ¿Por qué están aquí,

precisamente en el Garden, ambos librando, por lo visto, su primer combate profesional? Ninguno quiere hacerle daño al otro: ninguno está enfadado con el otro. Al sonar la campana, al final del cuarto y último asalto, la multitud abuchea un poco más fuerte. El chico hispano, sedosos pantalones amarillos, pelo rizado, empapado y ondeante, camina por su esquina con la mano enguantada en alto; no en desafío a las silbatinas, que aumentan en respuesta a su gesto, ni siquiera en reconocimiento de ellas. Es sólo algo que él está haciendo, algo que ha visto hacer a boxeadores más viejos, está diciendo *Estoy aquí, lo logré, lo*

hice.



Tras el anuncio de la decisión, el abucheo del público aumenta; «¡Fuera del *ring!*!», «¡Gilipollas!», «¡Marchaos a casa!». Las desdeñosas risotadas de los hombres siguen por el pasillo a los muchachos envueltos en sus batas, con la cabeza tapada con las toallas, sudando, sin aliento. ¿Qué les hizo pensar que *ellos* eran boxeadores?

¿Cómo puedes disfrutar de un deporte tan brutal?, me pregunta a veces la gente.

Y hay quienes, con toda intención, omiten la pregunta.

Y es demasiado complejo para responder. En todo caso no *disfruto* del

boxeo en el sentido habitual de la palabra, y nunca lo he hecho; el boxeo no es invariablemente *brutal*; y no lo considero un *deporte*.

Tampoco pienso en el boxeo en términos literarios como metáfora de algo más. Nadie cuyo interés haya nacido, como el mío, en la infancia — derivado del interés de mi padre— puede pensar en el boxeo como símbolo de algo que lo trasciende, como si su unicidad fuese una mera abreviación, una iconografía; aunque sí puedo aceptar la proposición según la cual la vida es una metáfora del boxeo —en uno de esos combates que siguen y siguen, asalto tras asalto, *jabs* o golpes rápidos,

golpes errados, enganches, ninguna certidumbre, de nuevo la campana y de nuevo tú y tu adversario, en pelea tan pareja que es imposible no ver que tu adversario *eres* tú: ¿y por qué esta lucha en una plataforma elevada y cerrada por cuerdas como un corral, bajo luces calientes, crudas e inmisericordes en presencia de una muchedumbre impaciente?—, esa especie de infernal metáfora literaria. La vida *es* como el boxeo en muchos e incómodos sentidos. Pero el boxeo sólo se parece al boxeo.

Pues si has visto quinientas peleas has visto quinientas peleas, y su denominador común, que ciertamente existe, no es de primordial interés para

ti. Como dijera una vez el escritor católico Flannery O'Connor: «Si la Sagrada Forma fuera sólo un símbolo, yo diría: al diablo con ella».

2

*Soy un luchador que
anda,
habla y piensa
luchando,
pero trato de no
parecerlo.*

MARVELOUS MARVIN
HAGLER,
campeón mundial de pesos
medios

A semejanza del bailarín, un boxeador

«es» su cuerpo, y está totalmente identificado con él. Y el cuerpo está identificado con un peso determinado:

PESO PESADO: sin límite
de peso

PESO MEDIO FUERTE:
hasta 89 kilos

PESO SEMIPESADO: hasta
81 kilos

PESO MEDIO: hasta 75
kilos

PESO SUPERWELTER:
hasta 71 kilos

PESO WELTER: hasta 67
kilos

PESO SUPERLIGERO:

hasta 63,5 kilos

PESO LIGERO: hasta 60
kilos

PESO SUPERPLUMA: hasta
58 kilos

PESO PLUMA: hasta 57
kilos

PESO PLUMA JUVENIL:
hasta 55 kilos

PESO GALLO: hasta 54
kilos

PESO MOSCA: hasta 51
kilos

Aunque la vieja perogrullada según la cual «un hombre bueno y grande siempre derrotará a un hombre bueno y

pequeño» ha quedado desmentida muchísimas veces (la ocasión más reciente fue protagonizada por Michael Spinks con su victoria sobre Larry Holmes), suele suceder que un boxeador invita al desastre cuando pelea fuera de su categoría de peso: puede «subir», pero es muy probable que no pueda «llevar consigo su pegada». Si bien en una época las distinciones entre pesos eran considerablemente burdas (estableciendo un paralelismo con las injusticias de la vida: las disparidades de la mayoría de los combates fuera del cuadrilátero), los promotores del boxeo y las comisiones han creado una jerarquía de pesos verdaderamente

bizantina a fin de reglamentar las peleas actuales. En teoría, estas divisiones tan finamente calibradas fueron creadas para evitar las disparidades; en la práctica, tienen el feliz efecto de crear muchos más «campeones» y muchos más intentos lucrativos de alcanzar los «títulos». Efectivamente, el ambicioso boxeador de nuestros tiempos espera no sólo ser un campeón sino también un gran campeón: un inmortal; puede aspirar a múltiples títulos, como Sugar Ray Robinson (campeón mundial welter y pesos medios que intentó, sin éxito, arrebatarse el título de peso semipesado a Joey Maxim), Sugar Ray Leonard (campeón mundial welter y super-

welter), Roberto Duran (campeón mundial de pesos ligero, welter y superwelter que intentó, sin éxito, subir a peso medio), Alexis Argüello (campeón mundial de pesos pluma, superpluma y ligero que aspiró al título de pesos superligeros antes de su reciente retiro).

Para hacer su peso, el boxeador puede recurrir al ayuno o a vigorosos ejercicios en fecha tan próxima al combate que se arriesga a graves trastornos, como en el caso, muy reciente, del campeón WBA de peso gallo, Richie Sandoval, que perdió cuatro kilos y medio en poco tiempo y, durante su combate con Gaby Cañizales,

en marzo de 1986, casi pierde la vida en consecuencia. Cuando Michael Spinks marcó un hito en la historia del boxeo en septiembre de 1985, al convertirse en el primer peso semipesado que ganara el título de los pesos pesados, la prensa prestó tanta y tan emocionada atención al cuerpo de Spinks como a su forma de boxear. Spinks había realizado lo que constituyó un *tour de force* del físico; con la ayuda de su entrenador y dietista había creado para sí un verdadero cuerpo de peso pesado: noventa y un kilos de puro músculo. Que su adversario, Larry Holmes, le llevara en peso una ventaja de nueve kilos y pico tuvo poca importancia, pues Spinks no

sólo había ganado peso: se había convertido, además, en un «nuevo» cuerpo. Y conservó ese cuerpo nuevo y notable para la defensa de su título contra Holmes, combate que también ganó. En boxeo el fanatismo no puede ir más lejos.

3

¿Por qué te has hecho boxeador?, le preguntaron al irlandés Barry McGuigan, campeón peso pluma.

Él respondió: «No puedo ser poeta. No sé contar historias...».

Cada combate de boxeo es una historia: un drama sin palabras, único y sumamente condensado. Incluso cuando

no sucede nada sensacional: entonces el drama es «meramente» psicológico. Los boxeadores están ahí para establecer una experiencia absoluta, una pública rendición de cuentas de los límites máximos de su ser; ellos saben, como pocos podríamos saber de nosotros mismos, qué poder físico y psíquico poseen: de cuánto son capaces. Entrar al *ring* medio desnudo y para arriesgar la propia vida es hacer de su público una especie de *voyeur*... el boxeo es tan íntimo. Es salirse de la conciencia de la cordura para entrar en otra, difícil de nombrar. Es arriesgarse, y a veces alcanzar, la agonía (del griego *agón*, contienda) de la cual es raíz.

En el cuadrilátero de boxeo hay dos actores principales, observados por un sombrío tercero. El ceremonial toque de campana es un llamamiento a la vigilancia total para los dos boxeadores y para los espectadores. Pone en marcha, además, la autoridad del Tiempo.

Los boxeadores pondrán en el combate todo lo que son, y todo quedará expuesto: incluso secretos que ni ellos mismos pueden advertir del todo. La personalidad física, la virilidad podría decirse, que subyace en la «personalidad». Hay boxeadores poseídos de intuición tan extraordinaria, de tan misteriosa presciencia, que

podría pensarse que están de algún modo rememorando sus combates, no peleando tal como los vemos. Hay boxeadores que actúan con destreza, pero mecánicamente, que no pueden improvisar para responder al cambio de la estrategia del otro; hay boxeadores que, actuando al máximo de su talento, advierten, a mitad de combate, que no será suficiente; hay boxeadores — incluso grandes campeones— cuyas carreras terminan abrupta e irrevocablemente ante nuestras miradas. Ha habido al menos un boxeador poseído de una conciencia extraordinaria e inquietante, no sólo de cada movimiento actual y anticipado de

su contrincante sino también de los más sutiles cambios de ánimo del público, de los cuales parece haberse sentido personalmente responsable: Cassius Clay/Muhammad Ali, naturalmente. «La dulce ciencia del aporreamiento» celebra la naturaleza física del hombre hasta cuando dramatiza las limitaciones, a veces trágicas, más a menudo conmovedoras, de lo físico. Aunque el espectador-hombre se identifica con los boxeadores, no hay boxeador que actúe como un hombre «normal» cuando está en el *ring*, y no hay combinación de golpes que sea «natural». Todo es estilo.

Todo talento debe desplegarse en la lucha. Así habla Nietzsche del pasado

helénico, la historia de la «contienda» —atlética, y de otra índole— mediante la cual los jóvenes griegos eran educados en la ciudadanía griega. Sin la ferocidad de la competición, incluso sin «envidia, celos y ambición» en la contienda, la ciudad helénica, al igual que el hombre helénico, degeneró. Si la muerte es un riesgo, la muerte es también el premio... para el atleta vencedor.

En el cuadrilátero de boxeo, incluso en nuestros muy humanizados tiempos, la muerte es siempre una posibilidad, lo cual explica por qué algunos preferimos ver películas o cintas de combates ya pasados, ya definidos como historia. O,

en algunos casos, arte. (Aunque para prepararme a escribir este ensayo-mosaico vi las grabaciones de dos infames y recientes combates «mortales»: el de 1982 entre los pesos plumas Lupe Pintor y Johnny Owen, y la pelea de los pesos ligeros Ray Mancini y Duk Koo-Kim, el mismo año. En ambos casos los boxeadores murieron a consecuencia de su pasmosa resistencia y energía inagotable: «del corazón», como se dice en los círculos pugilísticos). En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, la muerte en el cuadrilátero es extremadamente improbable; una rara posibilidad estadística, como tu posible muerte

mañana a la mañana en un accidente automovilístico o en el próximo siniestro aéreo que reseñen los periódicos del mes que viene o en algún oscuro accidente que entrañe una caída por las escaleras o en la bañera, una fractura de cráneo, una hemorragia subaracnoides. En los combates «mortales», los espectadores suelen sostener que lo que sucedió pareció suceder, sencillamente... impredeciblemente, en cierto sentido accidentalmente. Sólo en retrospectiva aparece la muerte como algo que fue inevitable.

Si un combate de boxeo es una historia, es siempre una historia

caprichosa, una en la que cualquier cosa puede suceder. Y en cuestión de segundos. ¡En fracciones de segundos! (Muhammad Ali se jactaba de ser capaz de lanzar un puñetazo a mayor velocidad de la que el ojo podía seguir, y es posible que tuviera razón). En ningún otro deporte pueden ocurrir tantas cosas en tan breve lapso, ni de modo tan irrevocable.

Que el combate de boxeo sea una historia sin palabras no significa que no tenga texto ni lenguaje, que sea de algún modo «bruta», «primitiva», «inarticulada»; ocurre que el texto se improvisa en la acción; el lenguaje es un diálogo de la más refinada especie entre

los boxeadores (podría decirse que tan neurológico como psicológico: un diálogo de reflejos detonados en fracciones de segundos) en una respuesta conjunta a la misteriosa voluntad del público, que es siempre que el combate valga la pena para que la cruda parafernalia del escenario — cuadrilátero, luces, cuerdas, la lona manchada, los mismos y atentísimos observadores— quede borrada, olvidada. (Como en el teatro o en la iglesia, el escenario queda borrado, idealmente, mediante la acción trascendente). Los anunciadores de la primera fila le dan al mudo espectáculo una unidad narrativa; sin embargo, en

tanto que actuación pública, el boxeo es, claramente, más afín a la danza o la música que a la narrativa.

Pasar de una pelea preliminar ordinaria a un «combate del siglo» como aquellos entre Joe Louis y Billy Conn, Joe Frazier y Muhammad Ali, Marvin Hagler y Thomas Hearns, es como pasar de escuchar a medias una guitarra perezosamente tañida, a oír el *Clave bien temperado* de Bach perfectamente ejecutado, y eso también es parte del misterio de la historia: ocurre tanto, tan rápidamente y con tal sutileza de infarto que no puede absorberse sino para saber que algo profundo está aconteciendo y que acontece más allá de las palabras.

4

*Trato de darle a mi
adversario
en la punta de la nariz
porque intento
hundirle el hueso en el
cerebro.*

MIKE TYSON,
boxeador peso pesado

El boxeo pretende ser superior a la vida en la medida en que es, idealmente, superior a todo accidente. Nada contiene

que no sea del todo intencionado.

El boxeador se enfrenta a un contrincante que es una distorsión onírica de sí mismo en el sentido de que sus debilidades, posibilidad de error y de ser gravemente herido, sus desaciertos intelectuales, todo, puede ser interpretado como puntos fuertes pertenecientes al Otro; los parámetros de su ser íntimo no son más que los ilimitados asertos de la personalidad del Otro. Esto es sueño, o pesadilla: mis fuerzas no son del todo las mías, sino las debilidades de mi adversario; mi fracaso no es totalmente el mío, sino el triunfo de mi adversario. Él es mi personalidad-sombra, no mi (mera)

sombra. El combate de boxeo, tan «serio, completo y de cierta magnitud» —para emplear la definición aristotélica de la tragedia— es un evento que necesariamente subsume a ambos boxeadores, del mismo modo en que cualquier ceremonia subsume a sus participantes. (Lo cual explica que se pueda decir, por ejemplo, que el mejor combate de la carrera de Muhammad Ali fue uno de los pocos que perdió: su primera y heroica pelea con Frazier).

El viejo adagio del boxeo —sin duda falso— según el cual no te pueden dejar K.O. si ves venir el golpe, y si *te propones* que no te dejen K.O., tiene un significado más sutil e intimidador: nada

de lo que le suceda al boxeador en el *ring*, incluso la muerte —*su* muerte— es ajeno a su voluntad o al fracaso de la misma. Lo que se sugiere es un modelo de mundo en el que somos humanamente responsables no sólo de nuestros propios actos sino también de aquellos ejecutados contra nosotros.

Ello explica que el boxeo, aunque se desprende de la vida, no es una metáfora de ésta sino un mundo único, cerrado y autorreferencial, oblicuamente afín a esas severas religiones para las cuales el individuo es a la vez «libre» y «determinado»: en un sentido poseído por una voluntad equivalente a la de Dios, y en otro totalmente indefenso. La

sensibilidad puritana habría entendido una boca que se llena de sangre, un ojo expulsado de su órbita: el castigo a un instante de negligencia.

Se dice que la tarea más difícil de un entrenador de boxeo es convencer a un boxeador joven de que se levante y siga peleando después de haber sido derribado. Y si el boxeador ha sido derribado por un golpe que no vio venir —lo cual suele ocurrir—, ¿cómo puede abrigar la esperanza de evitar que lo derriben una y otra vez? El golpe invisible es, al fin y al cabo, invisible.

Resultaría insoportable, profundamente vergonzoso, contemplar una conducta «normal» en el *ring*, pues

los seres «normales» comparten con todas las criaturas vivientes el instinto de perseverar, como decía Spinoza, en su propio ser. El boxeador ha de aprender de algún modo, mediante algún esfuerzo de voluntad que los no-boxeadores seguramente no podrían intuir, a inhibir su propio instinto de supervivencia; debe aprender a ejercer su «voluntad» sobre los impulsos meramente humanos y animales, no sólo a eludir el dolor sino también a eludir lo desconocido. En términos psíquicos esto suena a magia. Levitación. La cordura puesta del revés, la «locura» revelada como una forma más elevada y pragmática de la cordura.



En el cuadrilátero los luchadores están sujetos al tiempo —nada debe de ser tan dolorosamente largo como un asalto de tres minutos ferozmente disputado— pero la lucha en sí es atemporal. En cierto sentido se convierte en todas las luchas, del mismo

modo en que los boxeadores son todos los boxeadores. A través de películas, grabaciones y fotografías todo se torna rápidamente en historia a nuestros ojos, incluso, a veces, en arte. El tiempo, al igual que la posibilidad de muerte, es el adversario invisible del cual los boxeadores —y el árbitro, los ayudantes, los espectadores— son profundamente conscientes. Cuando un boxeador es noqueado no significa, como suele pensarse, que haya quedado sin sentido, o incluso incapacitado; significa, más poéticamente, que ha sido sacado del tiempo. (La dramática cuenta hasta diez que entona el árbitro constituye una especie de paréntesis

metafísico en el que el boxeador debe penetrar si pretende continuar en el tiempo). Hay, de alguna manera, dos dimensiones del tiempo que operan abruptamente: mientras el boxeador que permanece en pie está *en el tiempo*, el boxeador caído *está fuera del tiempo*. Concluida la cuenta hasta diez, se le da «por muerto», en simbólico remedo de la antigua tradición deportiva según la cual el combatiente estaría con toda probabilidad muerto. (Aunque, según recordamos, los astutos romanos se reservaban, como espectadores, el golpe de gracia que habría de traer la muerte propiamente dicha: el gladiador vencedor estaba obligado a esperar una

orden que provendría de fuera de la arena antes de acabar con su adversario).

Si el boxeo es un deporte, es el más trágico de todos, pues consume, más que cualquier otra actividad humana, la mismísima excelencia que saca a relucir: su drama es justamente esta consunción. Consumirse librando la pelea más grande de la carrera es iniciar, por necesidad, la curva de descenso que podría la próxima vez ser un hundimiento, una abrupta caída en el abismo. *Soy el más grande*, dice Muhammad Ali. *Soy el más grande*, dice Marvin Hagler. «Siempre piensas que vas a ganar», señaló irónicamente

Jack Dempsey en su vejez, «de otro modo no podrías pelear». El castigo — al cuerpo, al cerebro, al espíritu— que un hombre debe soportar para llegar a ser un boxeador moderadamente bueno es inconcebible para la mayoría de los que asociamos la idea del riesgo personal con el ego o lo emocional. Pero cuando el castigo empieza a revelarse, incluso en un boxeador joven, es atentamente observado por sus rivales, que esperan su descuido. (Después de que Aaron Pryor, campeón de peso superligero, ganara una mediocre pelea el año anterior, un joven boxeador de su misma categoría, entrevistado junto al cuadrilátero, dijo

con una sonrisa: «Se me hace la boca agua». También está la cruda declaración de Billy Costello cuando dijo, a sus veintinueve años: «Si no puedo derrotar a un viejo [de treinta y tres años], más vale que me retire», poco antes de su combate con Alexis Argüello, en el que fue noqueado en uno de los primeros asaltos).

En el *ring*, los boxeadores viven una extraña especie de tiempo «lento» —los aficionados nunca pelean más de tres asaltos, y para la mayoría esos nueve minutos son agotadores—, mientras que fuera del cuadrilátero viven en un tiempo alarmantemente acelerado. Un boxeador de veintitrés años de edad ya

no es joven en la medida en que un hombre de treinta y tres años lo es; uno de treinta y cinco años es francamente viejo. (Y es por eso que Muhammad Ali cometió un trágico error al proseguir su carrera después de haber perdido su título por segunda vez, saliendo de su retiro, a los treinta y ocho, para pelear con Larry Holmes; y por ese mismo motivo Holmes cometió un error parecido, años después, exponiéndose innecesariamente a graves lesiones, y a situaciones profesionalmente embarazosas, al enfrentarse con el campeón de los pesos semipesados Michael Spinks. La victoria de Jersey Joe Walcott, de treinta y siete años,

sobre Ezzard Charles, de treinta, por el título de los pesos pesados en 1951, es *sui generis*. Y Archie Moore es *sui generis*). Todos los atletas envejecen rápidamente, pero ninguno lo hace tan veloz y tan visiblemente como el boxeador.

Así las cosas, la experiencia de observar a grandes boxeadores del pasado es radicalmente diferente a verlos actuar cuando eran campeones reinantes. Jack Johnson, Jack Dempsey, Joe Louis, Sugar Ray Robinson, Rocky Marciano, Muhammad Ali, Joe Frazier: como espectadores, sabemos no sólo cómo termina un combate sino también una carrera. No sólo la trayectoria de

diez o quince asaltos sino también la de toda una vida...

*Todo cuanto el hombre
estima*

Dura un momento o un día.

*El placer del amor a su
amor aleja,*

*El pincel del pintor consume
sus sueños;*

*El grito del heraldo, el paso
del soldado*

*Agotan su gloria y su poder:
Todo cuanto flamea sobre la
noche*

*Ha alimentado el resinoso
corazón del hombre.*

WILLIAM BUTLER YEATS,
La Resurrección

5

*Cuando veo sangre me
convierto en un toro.*

MARVIN HAGLER

No tengo la pretensión de justificar el boxeo como deporte porque nunca lo he considerado un deporte.

No hay nada fundamentalmente lúdico en ello; nada que parezca pertenecer a la luz del día, al placer. En sus momentos de mayor intensidad parece contener una imagen de la vida

tan completa y potente —belleza de la vida, vulnerabilidad, desesperación, coraje incalculable y a veces autodestructivo— que el boxeo es la vida, y difícilmente un simple juego. Durante un combate pugilístico de altura (Ali-Frazier I, por ejemplo) nos sentimos profundamente conmovidos por la comunión del cuerpo consigo mismo a través de la intransigente carne de otro. El diálogo del cuerpo con su personalidad-sombra... o con la Muerte. El béisbol, el fútbol, el baloncesto: esos pasatiempos tan esencialmente norteamericanos son deportes de fácil reconocimiento porque implican juego: son juegos. *Se juega* al fútbol, no se

juega al boxeo.

Al observar deportes de equipo, equipos de hombres adultos, uno ve cómo los hombres son niños en el sentido más dichoso de la palabra. Pero el boxeo, en su ferocidad elemental, no puede asimilarse a la niñez. (Aunque hay hombres muy jóvenes que boxean, incluso profesionalmente, y muchos campeones mundiales se iniciaron en el boxeo en los primeros años de su adolescencia. Cuando tenía dieciséis años, Jack Dempsey, desarraigado y a la deriva en el Oeste, peleaba por pequeñas sumas de dinero en salas de boxeo sin árbitro en las que —siguiendo el orden natural de las cosas— podría

haber encontrado la muerte). Los espectadores de juegos públicos extraen gran parte de su placer al recrear las emociones colectivas de la niñez, pero los espectadores de los combates de boxeo reviven la infancia homicida de la raza. De ahí el salvajismo ocasional de las masas de aficionados al boxeo —la muchedumbre, mayoritariamente hispana, que lanzó gritos de júbilo cuando el gales Johnny Owen perdió el sentido a manos del campeón peso gallo, el mejicano Lupe Pintor, por ejemplo— y la excitación que se produce cuando un hombre empieza a sangrar en serio.

Cuando habla de sangre, Marvelous Marvin Hagler habla de la suya, por

supuesto.

Considerado en abstracto, el cuadrilátero de boxeo es una especie de altar, uno de esos espacios legendarios donde las leyes de una nación quedan suspendidas: cuerdas adentro, en el transcurso de un asalto de tres minutos oficialmente regulado, un hombre puede morir a manos de su contrincante, pero no puede ser legalmente asesinado. El boxeo habita un espacio sagrado y depredador de la civilización; o, para emplear la frase de D. H. Lawrence, antes de que Dios fuera amor. Si ello sugiere una ceremonia salvaje o un rito expiatorio, también sugiere la futilidad de tales gestos. Pues, ¿qué posible

expiación es el combate librado si ha de ser en breve librado otra vez... y de nuevo una vez más? El combate de boxeo es la mismísima imagen —la más aterradora, por ser tan estilizada— de la agresividad colectiva de la humanidad, de su continua demencia histórica.



6

*Detesto decirlo, pero
es verdad...*

*cuando llega el dolor
es cuando más me gusta.*

FRANK FLETCHER «EL
ANIMAL»,
ex-boxeador de pesos
medios

Hace años, a principios de la década de los cincuenta, cuando mi padre me llevó por primera vez a un campeonato de

boxeo *Golden Gloves*^[1] en Buffalo, Nueva York, le pregunté por qué esos chicos querían pelearse, por qué estaban dispuestos a resultar heridos. Como si fuera una explicación, mi padre dijo: «Los boxeadores no sienten el dolor igual que nosotros».

El dolor, en el contexto adecuado, es algo distinto al dolor.

Consideremos: la única derrota de Gene Tunney en una carrera de trece años de grandes distinciones, ocurrió frente a un afamado boxeador, Harry Greb, quien parece haber sido, a juzgar por el saber pugilístico, el boxeador más sucio de la historia. Greb era infame por sus faltas —golpes bajos,

empujones, agarrones, restregar los cordones contra los ojos del adversario, manoteos—, además de un frenético estilo de boxeo en el que los golpes eran lanzados desde cualquier dirección. (De ahí su mote de «el Molino de Viento Humano»). Greb, que murió joven, fue campeón mundial sólo durante tres años, pero una vistosísima figura de los círculos pugilísticos durante mucho tiempo. Después del primero de sus muchos combates contra Greb, Tunney, de veintidós años, quedó tan malherido que tuvo que pasar una semana en cama; había perdido casi dos litros de sangre durante el combate de quince asaltos. No obstante, años más tarde, Tunney

dijo:

Greb me dio una paliza terrible. Me rompió la nariz, quizás de un empujón. Me cortó los ojos y las orejas, tal vez con sus cordones... Me dejó la mandíbula hinchada desde la sien derecha hasta la mejilla, por debajo del mentón y parte del otro lado. El árbitro —y también el ring— estaba lleno de sangre... Pero fue en ese primer combate, en el que perdí mi título nacional de peso semipesado, cuando supe que había encontrado la forma de derrotar a Harry en un futuro. La verdad es que fui afortunado. Si el

boxeo de aquella época hubiese padecido a los médicos de las comisiones que tenemos hoy —que están siempre metiendo la nariz en el ring examinando heridas superficiales —, el primer combate con Greb habría sido suspendido antes de que yo descubriera cómo derrotarlo. Es posible, incluso probable, que de haber pasado eso no se hubiera oído hablar de mí nunca más.

En otras palabras, la carrera de Tunney se construyó sobre el dolor. Sin él, nunca habría ascendido a la categoría de Dempsey.

Tommy Loughran, campeón de los pesos semipesados desde 1927 hasta 1929, fue un maestro del boxeo sumamente admirado por otros boxeadores. Enfocaba el boxeo literalmente como una ciencia —al igual que Tunney—, estudiaba el estilo de sus adversarios y trazaba estrategias de desplazamientos en el cuadrilátero para cada combate, tal como hacen comúnmente los boxeadores y entrenadores de hoy. Loughran instaló espejos en su sótano para poder mirarse mientras entrenaba pues, como él decía, ningún boxeador se ve a sí mismo tal como lo ve su contrincante. Él ve a su contrincante, pero no se ve a sí mismo

como contrincante. El secreto de la carrera de Loughran era que la mano derecha se le rompía con mucha facilidad, así que estaba obligado a usarla una sola vez por combate: para el golpe del K.O. o nada. «Si después de dar un golpe el tipo se volvía a levantar, el dolor me hacía más daño», decía Loughran. «Cualquiera al que le metiera un gancho de izquierda caería de bruces, pero nunca corro el riesgo, porque si me estropea la mano izquierda, estoy acabado».

Es aleccionador observar que tanto Tunney como Loughran dejaron el boxeo mucho antes de que los obligaran a retirarse. Tunney se convirtió en un

próspero hombre de negocios, y Loughran en próspero *broker* del azúcar en el mercado de valores de Wall Street. (Esto para recordar que los boxeadores no son invariablemente estúpidos, analfabetos o borrachines).

¡Luego llegó Carmen Basilio!, adorado por su audaz estilo en el *ring*, su método de golpear y ser golpeado. Basilio fue campeón mundial de pesos medios y welter entre 1953 y 1957; un boxeador estoico, decidido y agresivo, dispuesto a dejarse golpear a fin de propinar poderosos contragolpes. Los observadores se maravillaban ante el castigo que Basilio parecía absorber, si bien él insistía en que no era golpeado

como la gente creía. Y cuando era golpeado, duramente golpeado...

La gente no se da cuenta de cómo te afecta un golpe de K.O. cuando te pegan en la barbilla. Todo pasa en los nervios. En lo que afecta al cerebro no hay verdadera contusión. Yo recibí un golpe en la punta de la barbilla [en un combate contra Tony DeMarco en 1955]. Fue un gancho de izquierda que me pegó en la punta derecha del mentón. Lo que sucede es que te desencaja la mandíbula por el lado derecho y la empuja hacia el izquierdo, y el nervio que hay allí me paralizó

todo el lado izquierdo del cuerpo, sobre todo las piernas. Se me dobló la rodilla izquierda y casi me vengo abajo, pero cuando volví a mi rincón, en la planta del pie sentía como si tuviera agujas de quince centímetros de largo, y lo que hice fue dar pisotones en el suelo, tratando de despertarlo. Cuando sonó la campana, ya estaba bien.

Basilio pertenece a la desenfrenada época de LaMotta, Graziano, Zale, Pep, Saddler, Gene Fullmer, Dick Tiger, Kid Gavilán, época en que si dos querían pelear sucio, era probable que el árbitro les autorizara, o al menos no interfiriese.

De la época de plenitud de Muhammad Ali, Norman Mailer señaló: «Parecía trabajar sobre la premisa de que había algo obsceno en que lo golpearan». Pero en posteriores combates de su carrera, como el que libró contra George Foreman en el Zaire, hasta Muhammad Ali se mostraba dispuesto a ser golpeado, y herido, con el propósito de cansar a su adversario. Los boxeadores camorreros —aquellos con «coraje», como Jake LaMotta, Rocky Graziano, Ray Mancini— no tienen mucha más opción que la de recibir terribles castigos a cambio de alguna ventaja (que no siempre se da). Y sin duda es cierto que algunos

boxeadores (véase la obra autobiográfica *Toro salvaje*, de Jake LaMotta) propician la lesión como medio para mitigar la culpa, en un intercambio, al estilo Dostoievski, de bienestar físico por tranquilidad de espíritu. El boxeo va más de ser golpeado que de golpear, del mismo modo en que va más de sentir dolor, cuando no devastadora parálisis psicológica, que de ganar. Se ve con claridad, por las «trágicas» trayectorias de una enorme cantidad de boxeadores, que en el cuadrilátero prefieren el dolor físico a la ausencia de dolor, que es condición ideal de la vida ordinaria. Si no se puede golpear, por lo menos se

puede ser golpeado, y saber que todavía se está vivo.

Podría decirse que con el boxeo se pretende primordialmente mantener un cuerpo en capacidad de entrar en combate contra otros cuerpos en buenas condiciones. No es el espectáculo público, ni el combate en sí, sino el período de riguroso entrenamiento que conduce a él lo que exige la mayor disciplina, y se considera la causa principal de las dolencias físicas y mentales de los boxeadores. (A medida que el boxeador envejece, sus parejas de entrenamiento son más jóvenes, el juego en sí se vuelve más desesperado).

El artista percibe cierta afinidad,

aunque oblicua y parcial, con el boxeador profesional en este aspecto del entrenamiento. La fanática subordinación del ser a un destino deseado. Podría compararse el espectáculo público de un combate de boxeo, limitado en el tiempo (que podría ser tan breve como unos ignominiosos cuarenta y cinco segundos: ¡tiempo récord para una pelea por un título!), con la publicación del libro de un escritor. Lo «público» no es más que la fase final de un largo, arduo, agotador y a menudo desesperante período de preparación. En efecto, una de las razones de la habitual atracción de escritores serios por el boxeo (desde

Swift, Pope y Johnson, hasta Hazlitt, Lord Byron, Hemingway y Norman Mailer, George Plimpton, Ted Hoagland, Wilfrid Sheed, Daniel Halpern, y otros) es el sistemático cultivo del dolor de ese deporte en aras de un proyecto, de una meta vital: la voluntaria trasposición de la sensación que conocemos como dolor (físico, psicológico, emocional) a su polo opuesto. Si eso es masoquismo —y dudo que lo sea, o que sea simplemente eso—, es también inteligencia, astucia, estrategia. Es un acto de autodeterminación consumada: el restablecimiento constante de los parámetros de nuestro ser. No sólo aceptar, sino además propiciar lo que la

mayoría de los seres sanos evitan — dolor, humillación, pérdida, caos—, es experimentar el momento presente como algo, en cierto sentido, ya pasado. *Aquí y ahora* no son sino parte de la construcción del *allí y entonces*: dolor ahora, pero control, y en consecuencia triunfo, después. Y el mismo dolor es milagrosamente traspuesto por obra de su contexto. Ciertamente, podría decirse que el «contexto» lo es todo.



El novelista George Garret, boxeador aficionado de hace algunas décadas, rememora su período de entrenamiento:

Aprendí algo... acerca de la hermandad de los boxeadores. La

gente se dedicó a esta actividad brutal y a menudo autodestructiva por una amplia variedad de razones, casi todas amargamente antisociales y rayanas en lo psicótico. La mayoría de los luchadores de los que supe algo eran personas heridas que sentían una urgencia profunda y poderosa de herir a otras a riesgo de herirse verdaderamente. Al principio, lo que sucedía era que en casi todos los casos se exigía tanta disciplina y destreza, tantas otras cosas en las que concentrarse además de las propias motivaciones originales, que éstas terminaban por tornarse borrosas y vagas, a menudo

olvidadas, perdidas por completo. Muchos luchadores buenos y experimentados (como ha sido frecuentemente observado) se vuelven afables y simpáticos... Están acostumbrados a dejar sus peleas en el ring. *E incluso allí, en el ring, resulta peligroso invocar demasiada rabia. Puede ser un estimulante, pero es muy oneroso en energía. La mayoría de las veces resulta poco práctico encolerizarse.*

De todos los boxeadores, parece haber sido Rocky Marciano (que sigue siendo el único campeón norteamericano

invicto de los pesos pesados) quien se entrenaba con la más monástica devoción; sus métodos de entrenamiento se han hecho legendarios. En contraste con boxeadores atolondrados como Harry Greb, «el Molino de Viento Humano», que se mantenía en forma porque no paraba de boxear, Marciano deseaba alejarse del mundo, incluso de su mujer y su familia, hasta tres meses antes de un combate. Aparte de la agotadora y rigurosa prueba física de ese período y de la obsesiva preocupación por la dieta, el peso y el tono muscular, Marciano se concentraba en una sola cosa: el combate por venir. Cada minuto de su vida estaba definido

en términos del instante del inicio del combate. En su campo de entrenamiento jamás se mencionaba el nombre de su adversario en presencia de Marciano, y tampoco se hablaba de boxeo. Llegado el último mes, Marciano no escribía cartas, pues las cartas pertenecían al mundo exterior. Durante los últimos diez días antes del combate no miraba su correspondencia, no recibía llamadas telefónicas, no se encontraba con nuevas amistades. La última semana anterior al combate se abstenía de dar la mano; no viajaba en coche, por corto que fuera el trayecto. ¡Nada de nuevos alimentos! ¡Nada de soñar con la mañana siguiente a la pelea! Pues todo lo que no fuera *el*

combate tenía que ser excluido de la conciencia. Cuando Marciano entrenaba con un saco de boxeo veía a su contrincante frente a él, cuando corría veía a su adversario correr junto a él, sin duda cuando dormía lo «veía» sin cesar: como el monje o la monja enclaustrados deciden, por un acto de fanática voluntad, «ver» sólo a Dios.

¿Es demencia —o mera disciplina— esta subordinación absoluta del ser? Comoquiera que sea, a Marciano le dio resultado.

7

*Tommy Hearns era un
gallito
y yo tenía algo para él.*

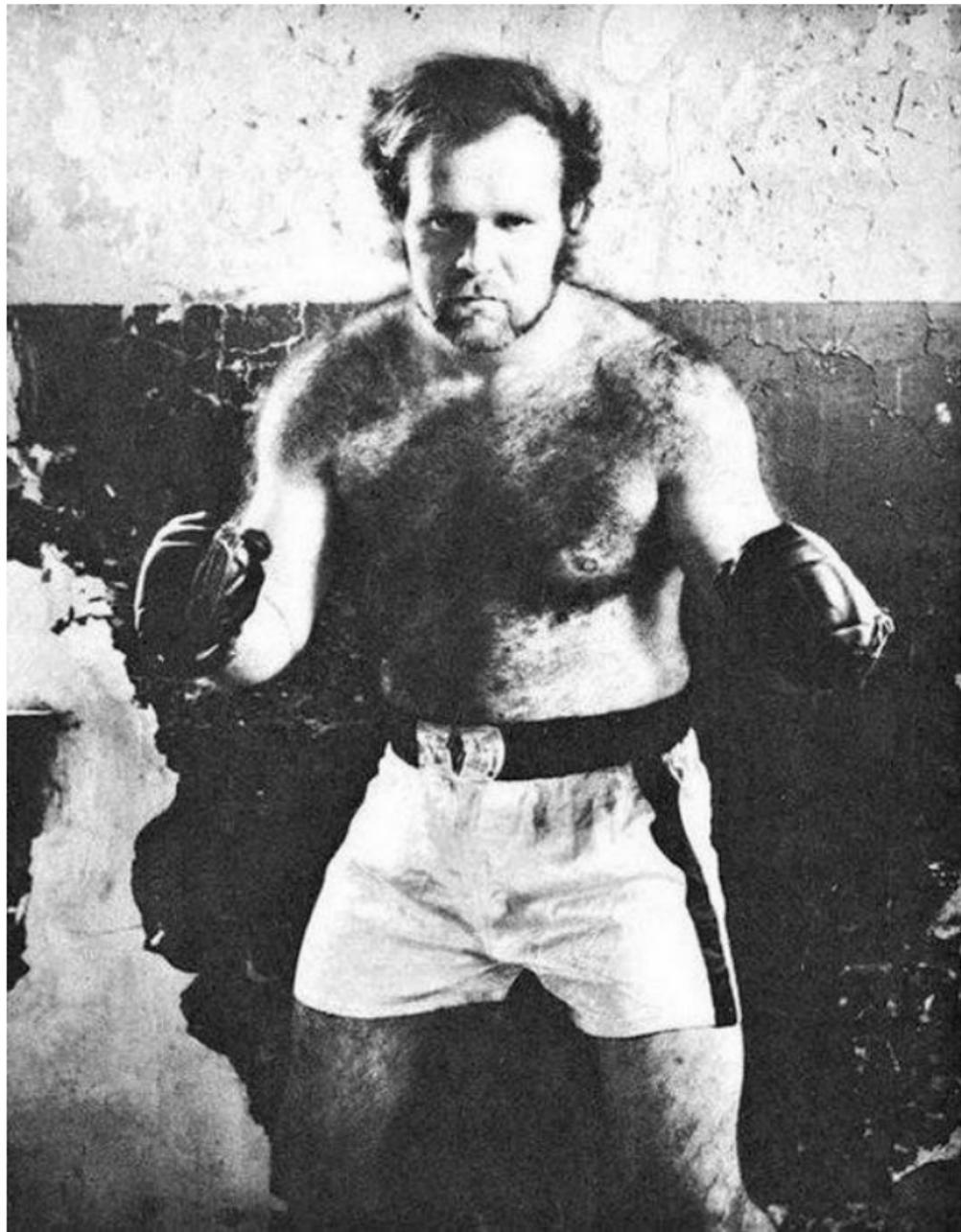
MARVIN HAGLER

No hay deporte más físico, más directo que el boxeo. Ningún deporte despliega tan poderoso homoerotismo: la confrontación en el cuadrilátero — desnudarse—, el combate acalorado y sudoroso que es en parte danza, cortejo, apareamiento... la persecución

frecuente, urgente de un boxeador al otro en el violento y natural movimiento del combate hacia el *knockout*: sin duda gran parte del atractivo del boxeo deriva de su imitación de una especie de amor erótico en el que un hombre se impone al otro en una exhibición de fuerza y voluntad superiores. El pregonado celibato del boxeador en entrenamiento constituye, con mucho, parte de la tradición pugilística: en lugar de centrar sus energías y fantasías en una mujer, el boxeador las enfoca en un adversario. Donde ha sido la Mujer, ha de ser el Contrincante.

Como dijo el Bundini de Ali, Brown: «Tienes que alcanzar la

erección, y a partir de ahí has de mantenerla. Tienes que esforzarte por no perderla y cuidar de no correrte».



La mayoría de los combates, como quiera que se libren, terminan con un abrazo entre boxeadores una vez que ha sonado la última campana: es un gesto de respeto mutuo y aparente afecto que al observador se le antoja más que mecánico. Rocky Marciano a veces besaba a sus contrincantes en agradecimiento por el combate. Podríamos preguntarnos si el combate de boxeo conduce irresistiblemente a ese momento: el abrazo público de dos hombres que, en otras circunstancias, jamás se acercarían el uno al otro con semejante pasión. Si bien es cierto que muchos hombres se muestran profundamente despectivos con la

debilidad (como urgidos a disociarse de ella: como en un combate en el que uno o ambos luchadores se niegan a pelear), la mujer se siente impresionada por la admiración —a veces elevada a temor reverente— que experimenta por el hombre que mostrara un gran coraje a pesar de estar perdiendo el combate. Y expresarán ternura por los boxeadores lesionados, aunque se limite a un comentario sobre las fotografías: la imagen de Ray Mancini tras su segunda derrota frente a Livingsstone Bramble, por ejemplo, en la que el rostro de Mancini aparecía odiosamente golpeado (las fotos aparecidas en *Sports Illustrated* y en otras publicaciones eran

sangrientas, casi pornográficas); la fotografía repetidamente impresa del derrotado Thomas Hearn siendo llevado hasta su rincón en brazos de un negro enorme (un guardaespaldas, es de suponer) en atuendo solemnemente formal: Hearn, el «Hombre Golpe», ahora indefenso, semi-inconsciente, con aspecto de Cristo negro bajado de la Cruz. Estas son imágenes poderosas, acuciantes, inquietantes, cruelmente hermosas, intrincadamente ligadas al atractivo primordial del boxeo.

Con todo, sugerir que los hombres pudieran amarse y respetarse en un sentido directo, sin el violento ritual del combate, es malinterpretar la pasión más

grande del hombre: por la guerra, y no la paz. El amor, si ha de haberlo, viene después.

*Sé que no soy un mal boxeador.
Me esfuerzo muchísimo por
algo que me gusta hacer.*

*Me encanta el boxeo. Sueño con
ser boxeador.*

*Me veo ganando el título. No sé
cuál de ellos.*

*Me veo siendo alzado en
hombros, llevado en andas,
recibiendo mi cinturón. Lo veo
en cámara lenta...*

Un peso welter de treinta y cuatro
años que

ha perdido casi todos sus combates,
generalmente por K.O.

Por «oponente» se entiende, en el ramo del boxeo, un hombre que pierde, que es fiable. Enfrentado a un boxeador más joven, prometedor y con apoyo financiero, ofrecerá un resultado decente, muy probablemente no caerá derribado en los primeros segundos del primer asalto y, sin lugar a dudas, no echará a perder el récord del otro boxeador. Puede que sueñe con ganar un «título», pero su valor para el negocio está en que ayuda a construir (es decir, a inflar) la marca de otro boxeador. Su nombre siempre es desconocido; en

efecto, es susceptible de usar varios nombres o alias. Su trayectoria es una conclusión predeterminada: no tiene ninguna. Trabaja para ganarse la vida haciendo de saco de boxeo humano.

A los oponentes se les conoce también como «fiambres» o «patanes»; como en los combates «Patán del Mes» de Joe Louis, una vez que éste hubo limpiado de rivales serios la categoría de pesos pesados por cuyo título peleó.

Los atletas mejor y más coherentemente pagados del mundo son los boxeadores norteamericanos, pero ello no implica que los boxeadores, como clase, sean los atletas mejor pagados. En realidad, ocurre todo lo

contrario. La gente empobrecida se prostituye de la manera que puede, y el boxeo, en sus niveles más bajos, ofrece a los hombres una oportunidad de ganarse de algún modo la vida. De hecho, si un boxeador tiene la suerte de no resultar lesionado, el boxeo le pagará mejores sueldos que la mayoría de empleos accesibles para los trabajadores no especializados de nuestra sociedad posindustrial. (Después de haber ganado la medalla de oro olímpica, Michael Spinks abandonó el boxeo y trabajó fregando suelos y limpiando retretes en una fábrica de productos químicos de St. Louis. Pero las condiciones en la fábrica eran tan

malas que tuvo que volver, según dijo, al boxeo: «Diablos, respirando esos productos químicos podría haber muerto antes allí que en el *ring*»). Y el boxeo, en circunstancias donde la prioridad está en los juegos de casino y no en la seguridad —Atlantic City, por ejemplo, no Nueva York, con sus rigurosas reglamentaciones—, puede resultar sumamente tentador. La cumbre de la pirámide es pequeña y la base, que es ancha, desaparece bajo el anónimo subsuelo de la humanidad.

La revista *The Ring*, «la Biblia del boxeo», publica los resultados de más de mil combates en cada una de sus ediciones. Incluso muchos boxeadores

clasificados y sobrevalorados constituyen una pequeña porción de los que están autorizados a boxear en los Estados Unidos y fuera del país. El *Ring Record Book* proporciona listas de boxeadores como Johnny D. (que ha perdido dieciséis combates seguidos, doce de ellos por K.O.); Marcus D. (que ganó su primer combate hace apenas un año y que ha perdido desde entonces todos los siguientes); Obie G. (que ha librado nueve combates y ha sido noqueado nueve veces); Irving B. (que ha participado en siete combates y ha sido noqueado siete veces, siempre en el primer o segundo asalto). Son esos oponentes profesionales los que

explican los immaculados récords de otros: es evidente que los boxeadores de éxito, con sus victorias constantes y su imbatibilidad, no lo han conseguido combatiendo entre sí.

(En los años veinte, cuando el boxeo fue oficialmente prohibido en Nueva York, los boxeadores peleaban en clubs privados, no muy distintos de las tabernas clandestinas del prohibicionismo, en circunstancias totalmente carentes de supervisión. Budd Schulberg escribe que durante los años en que el boxeo fue ilegal en la ciudad de Nueva York se celebraban muchos más combates que hoy: cada barrio tenía sus propios clubs, se

presenciaban combates todas las noches de la semana; boxeadores de todos los pesos, edades, experiencia y destreza eran lanzados juntos y revueltos al cuadrilátero, y si un combate terminaba con la muerte de alguno, su cadáver era susceptible de ser arrojado sin identificación al río).

Con la complicidad de apoderados y promotores, los boxeadores de esta clase suelen combatir bajo diversos alias, y hasta con las regulaciones actuales (en Nueva York y Pennsylvania, por ejemplo, un boxeador que haya sido noqueado queda automáticamente suspendido por noventa días; en Nueva Jersey por sesenta) resulta

extremadamente difícil impedirles que se hagan daño. La desesperación por el dinero, o simplemente por la «fama», no puede ser regulada. La identificación se establece no con el ilimitado suministro de perdedores que provee el boxeo, sino con sus muy escasas estrellas, como en cualquier otra profesión en la que el individuo puede, apoyándose en su propia e intransigente voluntad, ser glorificado. Tal como dice un entrenador de oponentes, y tal vez sin siquiera intención de cinismo: «Cada día llega un tío nuevo al gimnasio».

*Cuando peleas, peleas
por una sola cosa: dinero.*

JACK DEMPSEY,
ex-campeón mundial de
pesos pesados

Que el boxeo sea nuestro deporte más polémico, al parecer siempre en el mismísimo umbral del olvido, no le ha impedido convertirse en un negocio que mueve millones de dólares.

Durante los últimos años los tres

atletas mejor pagados del mundo han sido boxeadores norteamericanos. (En 1985 Larry Holmes declaró unos ingresos de poco más de seis millones y medio de dólares; Marvin Hagler, algo más de cinco millones; Thomas Hearns, aproximadamente cinco millones. En contraste, el cuarto atleta mejor pagado, un famoso futbolista, declaró unos ingresos de sólo —¡sólo!— tres millones). En su larga e irregular carrera, Jack Dempsey ganó 3.500 millones de dólares, prodigiosa suma para su época, aunque hoy sólo equivalen a 28 millones. Muhammad Ali, que ganó algo más de 70 millones a lo largo de su carrera, es generalmente

considerado como el atleta mejor pagado de la historia; se cree que su sucesor, Larry Holmes, ha ganado casi lo mismo. (Aunque las cifras varían, y en el momento en que se escribe esto la carrera de Holmes está aún en movimiento, él afirma tener 99 millones de dólares en el banco... y que todavía le queda por ganar). A veces, ciertos combates individuales proporcionan extraordinarias sumas de dinero a los boxeadores; incluso considerando el dinero que se llevaron los promotores, el derrotado retador Thomas Hearns ganó como mínimo siete millones en su combate de ocho minutos contra Marvin Hagler, mientras este último cobró por

lo menos siete millones y medio; por el primero de sus muy publicitados combates contra Roberto Durán en 1980 —combate que perdió por puntos—, el popular campeón peso welter Sugar Ray Leonard cobró diez millones de dólares (y Durán dos millones). Una de las cuestiones decisivas para organizar el combate por el título entre Marvin Hagler y Sugar Ray Leonard fue que la recaudación de taquilla sería con toda probabilidad la más elevada de toda la historia del boxeo: el sueño de todo promotor. Y ninguna de estas cifras incluye los dividendos suplementarios por apariciones en televisión y mensajes comerciales que, en el caso de Leonard,

han sido ciertamente sustanciales.

En efecto, estas ganancias colaterales se han convertido, para muchos boxeadores, en la medida de su valor fuera del *ring*, la evaluación, en dólares, de la «aceptación por parte del consumidor» de sus imágenes. (La revista *Ring* está comenzando a reseñar las sumas obtenidas por boxeadores que promocionan productos anunciados en televisión... una nueva especie de récord del *ring*, podría decirse).

El dinero ha hecho que muchísimos boxeadores retirados vuelvan al cuadrilátero, a menudo con resultados trágicos. El ejemplo más sonado sigue siendo Joe Louis, quien, en un

desesperado intento por pagar deudas fiscales atrasadas, siguió peleando más allá del punto en que podía defenderse de pesos pesados más jóvenes. Tras una carrera de diecisiete años durante los cuales llegó prácticamente a tipificar el boxeo en el ámbito internacional, se vio finalmente sometido —y de forma ignominiosa— al mucho más joven Rocky Marciano (que fue tan criticado por su victoria como Louis por su derrota). Louis inició entonces una degradante segunda carrera en la lucha libre que terminó bruscamente en 1956 cuando, a la edad de cuarenta y dos años, sufrió graves lesiones cardíacas después de que «Rocky Lee», que

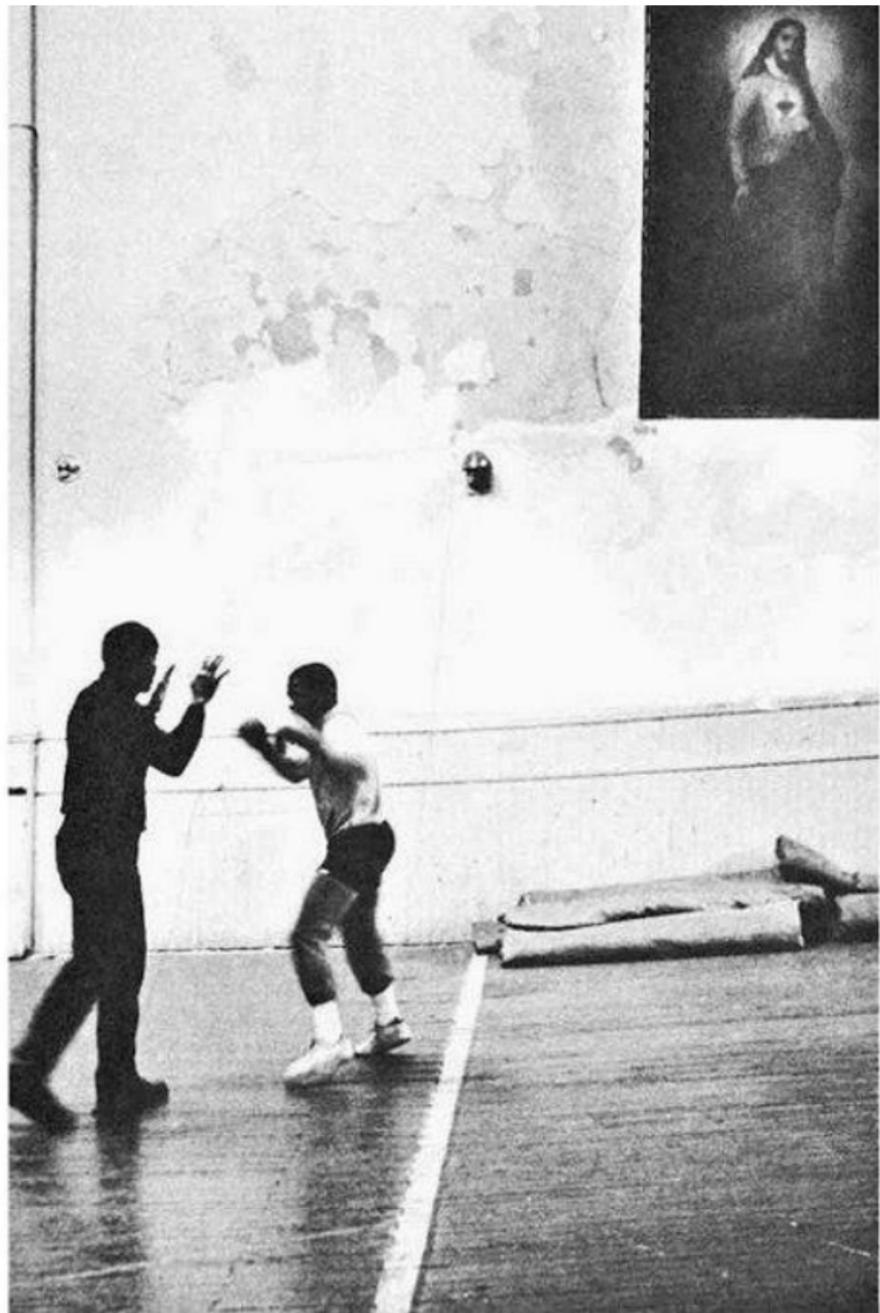
pesaba ciento treinta y seis kilos, se le subiera en el pecho.

Ezzard Charles, Jersey Joe Walcott, Joe Frazier, Muhammad Ali, y muy recientemente Larry Holmes: todos estos campeones o ex-campeones de los pesos pesados siguieron combatiendo mucho más allá del punto en que pudieran defenderse con seguridad. Si Ali se hubiese retirado definitivamente a los treinta y seis años —si no hubiese insistido, desatendiendo los consejos de su médico, en boxear dos años más tarde, contra un Larry Holmes mucho más joven— tal vez su historia habría tenido un final más feliz. (A mediados de la década de los setenta, cuando

Ferdie Pacheco, su médico personal, le dijo que se retirara, la respuesta de Ali consistió en despedir a Pacheco). De todos los campeones de los pesos pesados, sólo Rocky Marciano, para quien fama y dinero no eran evidentemente de vital importancia, fue lo bastante sensato para retirarse antes de ser derrotado.

Como quiera que sea, la pasión de un boxeador por el dinero —por las prodigiosas sumas ganadas sólo por muy pocos campeones— no tiene nada que ver con el hecho de que el público está dispuesto, si no ansioso, por pagar esas

sumas. Las obsesiones públicas y las privadas se imitan entre sí, pero no son idénticas.



10

*El boxeo es el deporte
al que aspiran
todos los demás
deportes.*

GEORGE FOREMAN,
ex-campeón mundial de
pesos pesados

Al menos en teoría y por tradición, el boxeo es un deporte. Pero ¿qué es deporte?... y, ¿por qué un hombre, *en* el deporte, no es el hombre que se espera

que sea en otros momentos?

Consideremos la historia del combate de gladiadores tal como lo practicaban los romanos, o hicieron que se practicara, desde aproximadamente el año 265 anterior a nuestra era hasta su abolición por Teodorico en el 500 de nuestra era. En la antigüedad, y entre las naciones semicivilizadas, era costumbre que después de una batalla se sacrificara a los prisioneros de guerra en honor a los comandantes que habían muerto. También se hizo habitual sacrificar esclavos en los funerales de todas las personas de importancia. Pero ¿por qué motivo?, ¿por diversión, o en nombre del «deporte»? A los esclavos

condenados se les proporcionaba armas y eran instados a defenderse matando a quienes habían recibido la orden de matarlos. De esta evolución del sacrificio brutal hacia algo que se acercaba a una reconocible contienda deportiva surgió gradualmente el fenómeno del combate romano entre gladiadores: la muerte como entretenimiento de las masas. Sin duda no existe nada parecido en la historia del mundo.

Al principio las contiendas se ejecutaban junto a la pira funeraria o cerca del sepulcro, pero con el paso del tiempo, a medida que el interés por el combate se desligaba de su contexto

ostensiblemente religioso, los encuentros fueron desplazados hacia el fórum, de ahí al circo y a los anfiteatros. Emergieron contratadores para entrenar a los esclavos, hombres de relevancia y de importancia política comenzaron a mantener «familias» de gladiadores, los combates previstos eran promocionados y anunciados tal como las competiciones deportivas de hoy; espectáculos que duraban hasta tres días aumentaron en número y popularidad. Ya no era sólo el sacrificio de individuos indefensos, sino el «deporte» de la competencia lo que excitaba a los espectadores, pues si bien el instinto de luchar y matar queda sin duda cualificado por el coraje personal,

el instinto de observar cómo otros luchan y matan es evidentemente innato. Cuando el *fan* del boxeo grita «¡Mátalo!, ¡mátalo!», no está revelando ninguna patología o retorcimiento individual y peculiar, sino afirmando su común humanidad y parentesco, por distante que sea, con los miles y miles de espectadores que atestaban los anfiteatros romanos para ver gladiadores luchando a muerte. Debería llamarnos la atención que semejantes eventos para el entretenimiento de las masas hayan persistido no unos años, o tan siquiera décadas, sino durante siglos.

Según Petronio, los gladiadores

prestaban el siguiente juramento: «Juramos, siguiendo el dictado de Eumolpus, sufrir la muerte por fuego, yugo, azotes y espada, y sea lo que fuere que ordene Eumolpus, como verdaderos gladiadores, someternos en cuerpo y alma al servicio de nuestro amo». Su valentía se hizo legendaria. Cicerón la señalaba como modelo para todos los ciudadanos romanos: se debía estar dispuesto a sufrir noblemente en defensa de la República. Por regla general, los gladiadores eran esclavos y criminales condenados que podían aspirar a prolongar sus vidas y, si llegaban a ser campeones, hasta obtener la libertad; pero también hombres libres aunque

pobres solían prestarse al combate. Con el paso del tiempo, de forma paralela y seguramente tributaria de lo que hoy vemos como la decadencia de Roma, incluso hombres de envidia se ofrecían a competir en público. (Bajo Nerón, el más notorio de los emperadores romanos, florecieron tales exhibiciones. Se estima que durante su mandato, entre el 54 y el 68 de nuestra era, hasta mil aristócratas actuaron como gladiadores de una forma o de otra, en combates francos, obstaculizados o arreglados de antemano. A veces hasta mujeres de fama competían, en combates que sin duda no eran particularmente dignos de mención). Tan atraídos por estos

deportes violentos se sentían los aristócratas romanos que el emperador Augusto terminó por verse obligado a emitir un edicto que prohibía su entrenamiento como gladiadores.

Los orígenes del boxeo gladiatorio son específicamente griegos. Según la tradición, un gobernante llamado Theseus (aproximadamente 900 años antes de nuestra era) encontró diversión en el espectáculo de dos luchadores enfrentados, sentados uno frente al otro, golpeándose a muerte con los puños. Más adelante los combatientes lucharon de pie y cubrieron sus puños con tiras de cuero; luego fueron tiras de cuero erizadas con filosas púas de metal: el

cestus. Una especie de *ring*, probablemente circular, pasó a ser un espacio neutral al que el boxeador lesionado podía temporalmente retirarse. Una vez que los romanos adoptaron el deporte, su práctica se hizo extraordinariamente popular: de un legendario campeón del *cestus* se decía que había matado a 1.425 contrincantes. Los gladiadores victoriosos eran ampliamente celebrados como «reyes de los atletas» y héroes para todos. Al confirmar en la arena la sangrienta mortalidad de otros hombres, establecían para sí, como siempre hacen los campeones, una especie de inmortalidad.

Así, sucede que cuanto más rica y avanzada es una sociedad, más fanático es su interés por cierta clase de deportes. La trayectoria de las civilizaciones hace una curva de regreso sobre sí misma —¿naturalmente?, ¿inevitablemente?—, como la mítica serpiente que se muerde la cola, para luego adoptar apasionadamente las señales exteriores y los gestos del «salvajismo». Si bien es verosímil que hombres y mujeres decadentes necesiten experiencias cada vez más extremas para excitarse, tal vez sea cierto también que el deseo no consiste tan sólo en *imitar* sino asimismo, mágicamente, en *ser* brutal, primitivo, instintivo, y por lo

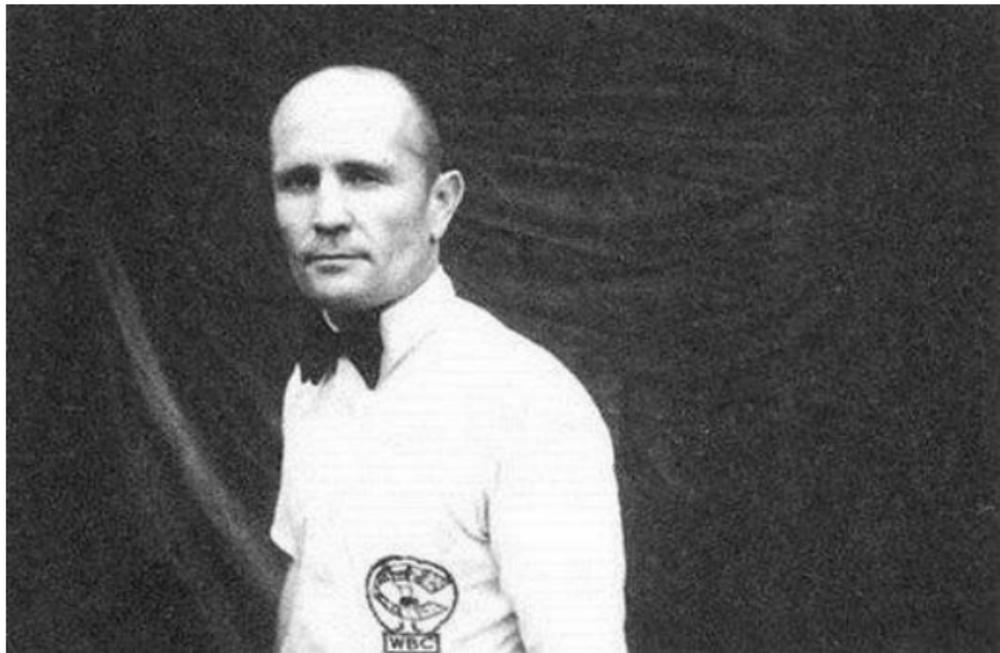
tanto inocente. Entonces resulta posible ser una persona para quien la contienda no sea un simple juego de autodestrucción sino la vida misma, y que el mundo no esté en una decadencia espectacular e irrevocable, sino que sea nuevo, fresco, vital, pendularmente aterrador e hilarante, un lugar de prodigios. Es el ser ancestral y perdido lo que se busca, por vanos que sean los medios. Como esos residuos de sueños de la niñez, que año tras año continúan eludiéndonos sin ser nunca abandonados, y mucho menos despreciados.

El combate entre gladiadores romanos fue abolido en tiempos de los emperadores cristianos Constantino y Teodorico, y su práctica quedó para siempre descontinuada. El boxeo, tal como lo conocemos en los Estados Unidos, deriva únicamente de la británica pelea a puño limpio que se practicaba en el siglo dieciocho y de un concepto del deporte completamente distinto.

El primer testimonio documentado de una pelea a puño limpio en Inglaterra—entre el criado de un caballero y un carnicero— data de 1681, y apareció en

una publicación llamada *London Protestant Mercury*. A esta especie de combate, en el que ni la lesión ni la muerte eran los objetivos, se le daba el nombre de *Prize Fight* o *Prize Ring*, y era un entretenimiento público de naturaleza itinerante, a menudo ligado a las ferias de pueblo. El *Prize Ring* era un espacio móvil creado por los espectadores que, sosteniendo una cuerda, formaban un holgado círculo; el *Prize Fight* era una competición voluntaria entre dos hombres, por regla general uno «campeón» y el otro «retador», sin árbitro pero regida por rudimentarias reglas de juego limpio. El reto al combate era anunciado a la

multitud por un luchador y sus cómplices; el que quisiera aceptarlo arrojaba su sombrero al *ring* y empezaba la pelea. Por lo general se solía apostar quién sería el primero en noquear al otro o en «sacar la primera sangre». El juego sucio era activamente censurado por los espectadores; una vez terminada la pelea, los luchadores se daban la mano. «El noble arte», como solía llamarse al *Prize Ring*, comenzó como una especie de diversión de los bajos fondos, pero con el tiempo recibió el apoyo entusiasta de los deportistas de la aristocracia y de las clases acomodadas.



El primer campeón inglés de pelea a puño limpio fue el llamado James Figg, quien alcanzó tal honor en 1719. El último campeón de este tipo de combate fue el peso pesado norteamericano John L. Sullivan, cuya carrera —desde 1882 hasta 1892 aproximadamente— conoció

la pelea a puño limpio y el boxeo enguantado tal como fue establecido por las reglas del marqués de Queensberry, que, salvo algunas modificaciones, son observadas hasta la fecha. Dos fueron los cambios más significativos: la introducción de guantes de cuero (sobre todo para proteger la mano, no la cara, pues los nudillos se rompen con facilidad), y el tercer hombre del *ring*, el árbitro, cuyo privilegio es el de suspender el combate según su criterio si considera que uno de los boxeadores no tiene posibilidades de ganar o es incapaz de defenderse de su adversario. Con la introducción del árbitro, la crudeza del «noble arte» pasa a

transformarse en la relativa sofisticación del boxeo.

El «tercer hombre del *ring*», por lo general anónimo a ojos del público, es considerado por muchos observadores como un simple observador más, hasta como un intruso; una presencia fantasmal de movimientos tan fluidos y pies tan rápidos como los de los mismos boxeadores (de hecho, suele tratarse de un ex-boxeador). Pero el árbitro es pieza tan importante en el drama del boxeo que el espectáculo de dos hombres luchando entre sí sin vigilancia en la elevación del cuadrilátero

resultaría infernal, cuando no indecente: vida, que no arte. El árbitro hace que el boxeo sea posible.

El árbitro es nuestro intermediario en la lucha. Es nuestra conciencia moral, extirpada de nosotros en tanto que espectadores de modo que, a lo largo del combate, la «conciencia» no tiene por qué ser un factor de nuestra experiencia; tampoco necesita ser un factor para la conducta del boxeador. (Cuando se le preguntó si había lamentado alguna vez haber herido a sus adversarios, Carmen Basilio replicó: «¿Lamentar? Lo dirá usted en broma. Los boxeadores nunca lamentan nada»). Lo cual no quiere decir que los

boxeadores están definitivamente desprovistos de conciencia: cada boxeador es diferente, y se comporta de forma distinta en momentos distintos. Pero hay ocasiones en que un boxeador, acorralado contra las cuerdas y sin poder caer a la lona mientras lo golpean repetidamente, corre el riesgo de morir a menos que el árbitro intervenga: el boxeador atacante ha sido entrenado para no detener su ataque mientras su contendiente esté aún técnicamente en pie. En la rápidamente creciente intensidad del combate, el árbitro se mantiene neutral y objetivo.

Pese a que la tarea del árbitro es sumamente exigente y que según algunos

cálculos tal vez no haya en el mundo más de una docena de árbitros realmente calificados, parece necesario que, en el drama de la lucha, el árbitro carezca de identidad dramática: su nombre es rara vez recordado después de un combate, excepto por la afición más entendida. Sin embargo, paradójicamente, la participación del árbitro es fundamental. No puede controlar lo que sucede en el *ring*, pero sí puede controlar hasta cierto punto *el que ello suceda*: es responsable del combate, pero no de la actuación individual de los combatientes. En una pelea en la que la pericia, y no la simple lucha, sea lo predominante, el papel del árbitro puede

ser meramente funcional, pero en un combate ferozmente disputado es de incalculable importancia. El árbitro detenta el poder sobre la vida y la muerte en ciertas ocasiones, pues su decisión de suspender un combate, o dejar que prosiga, puede determinar el destino de un hombre. (Ha de saberse que un puñetazo bien orientado y con toda la masa de un peso pesado detrás puede llevar la fuerza equivalente de cuatro toneladas y media: un golpe que el cerebro tiene que absorber en su gelatinosa masa). Del infame combate entre Benny Paret y Emile Griffith, en marzo de 1962, se dijo que el árbitro Ruby Goldstein permaneció paralizado

mientras Griffith acorraló a Paret contra las cuerdas y le golpeó la cabeza dieciocho veces. (Paret murió diez días después). Los boxeadores son entrenados para que no abandonen. Noqueados, tratan de ponerse en pie y reanudar el combate, aun cuando apenas pueden defenderse. La regla básica del cuadrilátero —defenderse en todo momento— es a la vez parodia y devenir de la vida.

En el pasado —bien entrados los años cincuenta— no era costumbre que un árbitro interfiriese en el combate, por brutal y desigual que fuera. El boxeador que siguiera esforzándose por levantarse después de haber sido noqueado, o —

como el intransigente Jake LaMotta en su sexto y último combate contra Sugar Ray Robinson— se negara a caer en la lona aunque ya no pudiera defenderse y se hubiera convertido en un saco de boxeo humano, era abandonado a su suerte, sencillamente. La voluntad del público —y, abrumadoramente, *es* la voluntad del público— de que un hombre derrote a otro total e irrevocablemente, se cumplía. De ahí los «grandes» combates sangrientos de la historia del boxeo —el triunfo de Dempsey sobre Williard, por ejemplo—, hoy inconcebibles.

Debe entenderse que el «boxeo» y la «lucha», aunque siempre se combinan en

los más grandes boxeadores, pueden ser actividades totalmente distintas y hasta separadas. A los boxeadores aficionados se les entrena para ganar sus combates por puntos; los profesionales suelen buscar el K.O. (No porque los profesionales sean más violentos que los aficionados, pero ¿por qué confiar en los jueces...?, y el K.O. resulta dramáticamente espectacular). Si el boxeo es con frecuencia, y sobre todo en los pesos más ligeros, una cuestión de destreza sumamente compleja y refinada, exclusiva propiedad de la civilización, la lucha pertenece a algo que es depredador de la civilización: el instinto, no sólo de defenderse —pues,

¿cuándo se ha visto el ego masculino aplacado con tan mínima respuesta a la amenaza?— sino también de atacar a otro y forzarlo a la sumisión absoluta. Ello explica el efecto electrizante que se produce en el típico público de un combate cuando, por ejemplo, el rostro de un boxeador comienza a sangrar y la lucha parece entrar en una fase nueva, más peligrosa. A los ojos de muchos espectadores, el destello del rojo es la señal visible de la autenticidad del combate, y a los boxeadores se les justifica que estén orgullosos —y muchos lo están— de sus cicatrices faciales.

Si la «violencia» del boxeo parece

por momentos manar del público, ser una expresión elevada del delirio de la multitud —rara vez transmitida por televisión, por cierto—, las numerosas restricciones y sutilezas del boxeo son posibles gracias al «tercer hombre del *ring*», especie de dique para la incipiente turbulencia de emociones al otro lado de las cuerdas y del proscenio del cuadrilátero: nuestra conciencia, como he señalado, extraída de nosotros e investida de autoridad absoluta.

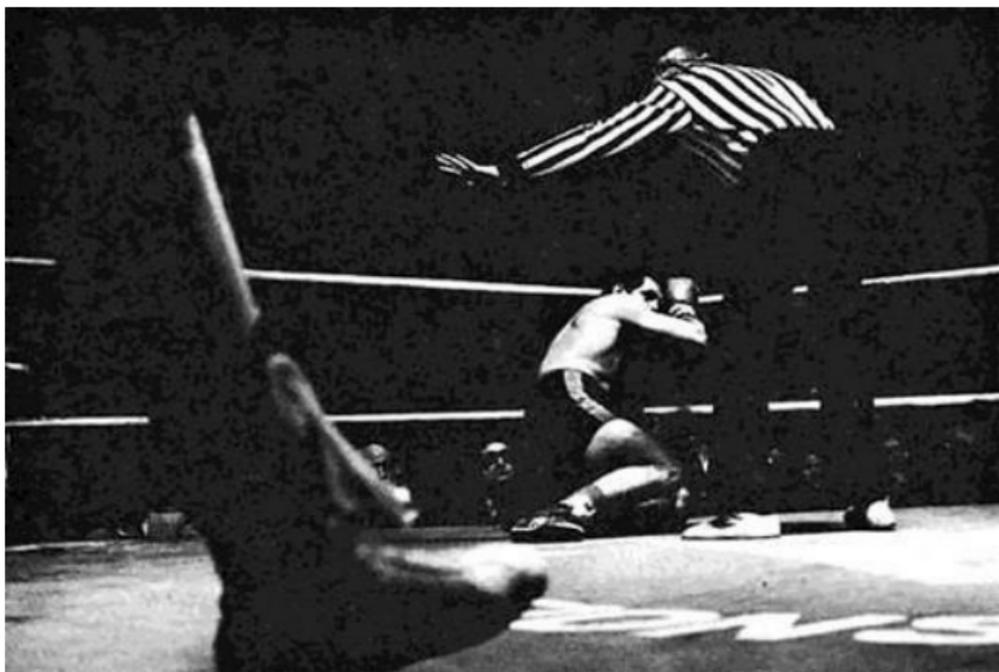
*... No estoy seguro de
si [esto]
hace de mí un
humanista o un voyeur.*

JOHN SCHULIAN,
periodista deportivo

Hace mucho tiempo que el boxeo ha atraído a los escritores, desde los primeros tiempos del *Prize Ring* inglés hasta el día de hoy. Su atractivo más inmediato es el del espectáculo, en sí

mudo, carente de lenguaje, que requiere de otros para definirlo, celebrarlo, completarlo. Al igual que todas las acciones humanas, extremas pero perecederas, el boxeo excita no sólo la imaginación del escritor sino también su instinto de dejar testimonio. Antes de la película y la cinta, este instinto debió de ser particularmente agudo. (Pensemos en un deporte que ha sido a menudo practicado ilegalmente, muchos de sus combates más famosos fueron librados en barcazas, en islas, en territorio ajeno a la jurisdicción de dos estados vecinos, entrañando el riesgo de arresto tanto para actores como para observadores: ¡qué pasión!). Y los boxeadores con

frecuencia se han mostrado a sí mismos, dentro y fuera del *ring*, como personajes en el sentido literario de la palabra. *Ficciones extravagantes sin una estructura que las contenga.*



En los tiempos del *Prize Ring*, los

relatos de los combates solían presentarse en verso, acompañados de dibujos al estilo de la historieta, impresos en pliegos sueltos, y vendidos por vendedores itinerantes. Aproximadamente desde el año 1700 en adelante —según el historiador del boxeo Pierce Egan—, la mayoría de los periódicos ingleses, incluyendo el prestigioso *The Times*, reseñaban detalladas crónicas de los combates, y en 1818 Egan sacó la primera edición de su famosa *Boxiana: escenas de pugilismo antiguo y moderno*, que cubría desde los primeros días del *Prize Ring* hasta los tiempos de Egan, cuando el *Prize Fight*, pese a ser

tremendamente popular, era oficialmente ilegal y los anuncios de futuros combates se transmitían de boca en boca. (Se han impreso cantidad de ediciones de *Boxiana*; la más reciente data de los años setenta). El deleite que Egan siente por su tema proscrito aparece comunicado en una prosa de particular vigor: colorista, directa, descarnada, «masculina» y sin embargo tan sutil y agudamente matizada como la de sus predecesores del siglo XVIII, Defoe, Swift, Pope, Fielding, Churchill. Es Egan quien llamó al combate «la dulce ciencia del aporreo» y es a él a quien A. J. Liebling cita con mayor frecuencia y reconoce como maestro en

La dulce ciencia, una *boxiana* de los tiempos modernos muy admirada por los entusiastas del boxeo.

(Me siento incómodamente sola en mis numerosos desacuerdos con Liebling por su actitud implacablemente burlona, condescendiente y en ocasiones racista hacia su tema. Tal vez debido a que fue originalmente publicada en *The New Yorker* de principios de los cincuenta, *La dulce ciencia: boxeo y boxiana, una perspectiva de primera fila* es un ensamblaje de piezas peculiarmente falto de naturalidad, socarrón, grosero en su humor, más bien característico de la comedia de enredos en la que los boxeadores son

«personajes» descritos para nuestra diversión. Liebling ni siquiera está seguro con respecto a campeones como Louis, Marciano y Robinson. ¿Deberíamos reverenciarlos o mofarnos de ellos? Y es despiadado cuando escribe sobre «Huracán» Jackson, boxeador negro cruelmente llamado animal, y tratado de «eso» debido a su mediocre destreza pugilística y a lo que Liebling considera su inferioridad mental. El problema para Liebling y para *The New Yorker* debe haber sido cómo vender un deporte de sangre como el boxeo a un público lector culto y solvente para el que la idea de hombres que luchan para salvar la vida debe

haber resultado profundamente ofensiva; ¿cómo sugerir el drama del boxeo obviando su tragedia? Es un problema que, pese a su ingenio verbal, Liebling no llega a solucionar del todo).

Mucho se ha hablado de la atracción de Ernest Hemingway por el boxeo; con todo, Hemingway nunca escribió sobre boxeo con la simpatía y percepción con que escribió sobre las corridas de toros; *Cincuenta de los grandes* y *El campeón* no se cuentan entre sus mejores relatos cortos, y su retrato del «peso medio de Princeton» Robert Cohn, en *Fiesta*, es una pieza sorprendentemente cruda de provocación antisemita en la cual la destreza pugilística de Cohn es

irrelevante. (Cuando, provocado más allá de su tolerancia, Cohn noquea a Jake Barnes y a su amigo borracho, la escena pasa de modo tan esquivo que prácticamente no deja ninguna impresión en el lector).

Mucho más sagaz y documentado es Norman Mailer, cuyos ensayos sobre Cassius Clay/Muhammad Ali y sus coetáneos, y sobre la «estética del estadio» en general, son de lo mejor que se ha escrito sobre el tema. La fuerza de Mailer reside en su reconocimiento de que los boxeadores son *otros*; aunque no lo dice explícitamente, incluso en la

prolongada y extravagante meditación de *La lucha* (título que es homenaje al gran ensayo de Hazlitt), parece claro, a esta lectora al menos, que Mailer no puede establecer una conexión entre los boxeadores y él: lo intenta heroicamente pero no logra entenderlos y queda así excluido para siempre de aquello que irreflexivamente representan: una masculinidad ideal (no por irreflexiva necesariamente forzada) que supera todo cuestionamiento. Es este reconocimiento de su exclusión —una exclusión casi tan completa, podría decirse, como la de la mujer en el codificado mundo del boxeo — lo que da lugar a la fuerza de la visión de Mailer. Y dado que los

grandes campeones de nuestra época han sido negros, la preocupación de Mailer por la masculinidad es también preocupación por la condición de negro. De ahí esos característicos arranques de inclinación metafísica que estremecen el oído con el desgarramiento de un lamento de amor:

Si [los pesos pesados] llegan a campeones, empiezan a tener una vida interior como Hemingway o Dostoievski, Tolstoi o Faulkner, Joyce o Melville o Conrad o Lawrence o Proust... Dempsey estaba solo y Tunney nunca logró aclararse, Sharkey nunca pudo creer

en sí mismo ni en Schmeling ni Braddock, y Carnera estaba triste y Baer era un payaso ininteligible; grandes pesos pesados como Louis contenían la soledad de los tiempos en su silencio, y hombres como Marciano eran mitificados por un poder que parecía haberles sido otorgado. Sin embargo, con el advenimiento de los modernos y grandes campeones negros, Patterson, Liston, luego Clay y Frazier, tal vez la soledad dio paso a aquello de lo que había estado protegiéndose: una situación surrealista, inestable a más no poder. Ser negro y campeón de los pesos

pesados en la segunda mitad del siglo XX (con revoluciones negras estallando en todo el mundo) ya no era muy distinto de ser Jack Johnson, Malcom X y Frank Costello en una misma persona...

(EXISTENTIAL ERRANDS: «King of the Hill»)

No puede ser una coincidencia que la novela de boxeo favorita de todos, *Fat City*, de Leonard Gardner, trate menos de boxeo que de las estrategias del autoengaño, que sea una especie de manual del fracaso en el que el boxeo funciona como la actividad natural de

hombres totalmente desprovistos de lo necesario para comprender la vida. Los boxeadores de Gardner en Stockton, California —aquel famoso pueblo de peleas— parecen existir en un mundo claustrofóbico como un gimnasio, sin más conocimiento de los grandes boxeadores de su época (¿acaso no habría sido el mismo Cassius Clay contemporáneo de ellos?) que de política o de la «sociedad» en general. *Fat City* es el reverso del sueño americano, donde hombres mínimamente capacitados para deportes peligrosos son contratados para que peleen entre sí por un lastimoso puñado de monedas: es una medida de la ironía de esta novela

el que la victoria, habida cuenta de la recompensa, sea difícilmente diferenciable del fracaso. Parece ser que Leonard Gardner no ha escrito ninguna otra novela, pero sus artículos sobre boxeo —publicados en revistas como *Sports Illustrated* y *Squire*— revelan un notable don para percibir, como si lo viviera desde dentro, la psicología del hombre que ha nacido para el combate, el hombre que *sólo* sabe pelear, sin importar la naturaleza suicida de su vocación.

W. C. Heinz y Ted Hoagland han escrito novelas de boxeo ampliamente reconocidas, *The Professional* y *The Circle Home* respectivamente, aunque la

novela de Hoagland es una especie de anomalía: no hay combates, sólo escenas de entrenamiento descritas con precisión hipnóticamente cinética. Budd Schulberg, Irwin Shaw, Nelson Agren, Ring Lardner, James Farrell, John O'Hara, Jack London: todos ellos han escrito relatos sobre boxeadores, de valía y rigor variables.



Aquello que podría llamarse «lo romántico» del boxeo —y hasta lo sórdido, filmado, *es* romántico— subyace en toda una serie de películas de Hollywood de análogo valor irregular, de las cuales la más extraordinaria es la de Martin Scorsese,

Toro salvaje, en la que Robert De Niro, casi literalmente, se transforma en Jake LaMotta. Otras películas notables en este género son *Fat City-Ciudad Dorada*, *El ídolo de barro*, *Marcado por el odio* (basada en la autobiografía de Rocky Marciano), *Más dura será la caída*, *The Set-Up*, *Campeón*, *Cuerpo y alma*, *Réquiem por un peso pesado*, y *La gran esperanza blanca*, las dos últimas basadas en famosas obras de teatro. Luego están las películas de «Rocky», que, como sabemos, apenas tratan de boxeo (Rocky y sus enormes contrincantes aparecen ridículamente sobrecargados de músculos de fisicoculturistas, no de boxeadores), pero son

efectivas como historias bien aceptadas de iconografía *pop* protagonizadas por Sylvester Stallone en el papel de Rocky, «el Semental Italiano», el tierno tipo rudo, el eterno desfavorecido que no puede perder ni ante los obstáculos más abrumadores. Rocky es un boxeador de comics, sus combates son de revista de historietas, al igual que las hazañas de su similar Rambo, que encarna la fascinación norteamericana por el (macho) *isolato* cuyo abordaje del mundo es puramente físico. No obstante resulta significativo, por cierto, que Stallone hiciera de Rocky un boxeador, en homenaje al campeón peso pesado Rocky Marciano, cuyo estilo en el *ring*

imita... hasta cierto punto.

A menudo el boxeo ha estimulado una literatura deportiva (el más agotador de los géneros) de primera clase. Entre los periodistas deportivos contemporáneos, John Schulian (del *Daily News* de Filadelfia) y Hugh MacIlvanney (de *The Observer* inglés) sobresalen por la alta y consistente calidad de su prosa y por lo que podría llamarse su enfoque rigurosamente analítico del tema: no simplemente el *qué* y el *cómo*, sino de hecho el *por qué*: ¿por qué existe el boxeo, por qué hay hombres (y algunas mujeres) fascinados por él, qué nos dice sobre la difícil condición humana? *Writers' Fighters* de

Schulian, y *MacIlvanney on Boxing*, de MacIlvanney, son trabajos que reúnen columnas que fueron publicadas a lo largo de varios años, pero son notables por la unidad de sus respectivas visiones. Ninguno de los dos escritores se toma el tema a la ligera, así como tampoco eluden un examen de la relación ambivalente entre el hombre que escribe sobre boxeo y el boxeo en sí, llamado por algunos «la dulce ciencia del aporreo». Otros deportes sugieren otras respuestas, pero el boxeo es, aquí y en todas partes, un caso indudablemente especial. En ningún otro deporte la relación entre ejecutante y observador es tan íntima, tan

frecuentemente dolorosa, tan irresoluta.

La razón de que ningún otro deporte produzca tal ansiedad *teórica* se explica en el núcleo de la fascinación que ejerce el boxeo sobre los escritores. Es la cosa en sí, pero es también su significado para el individuo, cambiante y problemático como una imagen distorsionada en un espejo. El escritor contempla a su contrario en el boxeador, que es todo exhibición pública, todo riesgo e, idealmente, improvisación: él conocerá su límite de una manera en que el escritor, como todos los artistas, nunca llega a conocer: pues nosotros, que escribimos y vivimos en un caleidoscópico mundo de valoraciones y

juicios en cambio permanente, somos incapaces de determinar si es revelación o supremo autoengaño lo que alimenta nuestros esfuerzos más cruciales. Dejando de lado por un momento el problema de los jueces incompetentes o con prejuicios —como el que dio a Michael Spinks la victoria sobre Larry Holmes en la defensa que hizo Spinks de su título en abril de 1986, o el que hizo que Ray Mancini superara en puntos a Livingstone Bramble en el primero de sus dos combates—, el mundo del boxeador no es ambiguo: él llega a conocer rápidamente su valor en un contexto de otros boxeadores. En efecto, es imposible no saberlo. Carreras

«prometedoras» terminan en cuestión de segundos; los «regresos» quedan revelados como simples errores; un contrincante joven y no clasificado (como «Rayo» Lonnie Smith en su pelea por el título contra el campeón de los pesos superligeros Billy Costello) salta de golpe hasta la cima. No puede haber ambigüedad en la derrota de John Mugabi frente a Marvin Hagler, o la de James Shuler frente a Thomas Hearns, o la inesperada pérdida del título de peso gallo de Richie Sandoval en combate con Gaby Cañizales: la casi pérdida, opinaron algunos observadores, de la mismísima vida de Sandoval. Es este sentido de término, de límite, de juicio

final e incontestable lo que hace que, en sus mejores momentos, el boxeo evoque el sangriento quinto acto de las tragedias clásicas, cuando ese misterioso elemento que llamamos «trama» alcanza su apoteosis.

Para algunos escritores la fascinación tiene que ver, como he sugerido anteriormente, con el deslumbrantemente explícito despliegue de masoquismo del boxeo; «masoquismo» en su sentido más holgado, más sugerente y, podría decirse, más poético. Porque, contrariamente a las nociones estereotipadas, el boxeo tiene que ver primordialmente con ser herido, no con

herir. (Lo cual se sugiere muy gráficamente en las películas de boxeo más destacadas: *Toro salvaje*, *Fat City*, *El ídolo de barro*). Avanzar por el dolor hacia el triunfo —o la semblanza del triunfo— es la esperanza del escritor, como lo es del boxeador. El momento de horror visceral en un combate típico, al menos tal como yo lo vivo, es ese momento en que un boxeador pierde el control, no logra mantener su defensa, comienza a tambalearse, a trastabillar, a inclinarse hacia atrás, a saltar con los golpes de su adversario, que ya no puede absorber; el momento en que el combate cambia de sentido, en que toda una carrera, toda una vida, puede

terminar. No es un momento aislado sino *el* momento, místico, universal. La derrota de un hombre es el triunfo del otro: pero somos capaces de interpretar este «triunfo» como meramente temporal y pasajero. Sólo la derrota es permanente.

Cuando soñaba con escenas de boxeo, o con combates abstractos, inconclusos, entre adversarios oníricos cuyos rostros no podía ver, pensaba en el boxeo como una especie de nudo, cruelmente atado, que está allí para ser deshecho. No puedes pero debes deshacerlo. Debes... pero no puedes. Si deshaces un nudo te enfrentarás a otro, y más allá de ese otro, a otro: asaltos,

combates, carrera, «vida». La diferencia para el boxeador es que la derrota, la humillación y la vergüenza no son sino parte del riesgo; el daño físico, incluso la muerte, también acechan. Se es castigado por un fallo, tal como Kafka imaginaba que se podía ser castigado por los pecados cometidos; la sentencia grabada en carne viva, matando incluso mientras se pronuncia el veredicto.

... En el establo una oquedad cuadrada hecha de rostros a la luz de la linterna, las caras blancas en tres lados, las caras negras en el cuarto, y en el centro dos de los negros salvajes [de Stupen] peleando, desnudos, no peleando como pelean los blancos, con reglas y armas, sino como los negros pelean, para

herirse mucho y rápido el uno al otro.

WILLIAM FAULKNER,
Absalón, Absalón.

Hace algún tiempo uno de los estados del sur adoptó un nuevo método de pena capital. El gas venenoso suplantó a la horca. En sus primeras etapas se instalaba un micrófono en el interior de la hermética cámara de la muerte para que los observadores

científicos pudieran escuchar las palabras del preso que agonizaba... La primera víctima fue un joven negro. En cuanto la píldora cayó en el recipiente y el gas salió en volutas hacia lo alto, por el micrófono llegaron estas palabras: «Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis. Sálvame, Joe Louis...».

MARTIN LUTHER KING JR.,
citado por Chris Mead:

CAMPEÓN JOE LOUIS,

*Un héroe negro en la
América blanca*

*Es duro ser negro.
¿Has sido negro alguna
vez?*

*Yo fui negro una vez...
cuando era pobre.*

LARRY HOLMES,
ex-campeón WBC de pesos
pesados

La primera impresión que se percibe es la de que cuando los boxeadores

profesionales combaten parecen estar enfadados el uno con el otro, pues sus gestos denotan enfado, incluso rabia. Si no es así, ¿por qué golpear y tratar de herir a otra persona? Naturalmente, esta impresión inicial conduce a error: boxear es «un trabajo» para la mayoría de los boxeadores, y la emoción tiene o debería tener poco que ver con ello. Y así es: los campeones más prósperos, desde Jack Dempsey hasta Larry Holmes, han insistido en que peleaban sólo por dinero. Reconocer otros motivos sugeriría la vulnerabilidad del *machismo*^[2].

Sin embargo, en un sentido más profundo, los boxeadores *están*

enfadados, tal como indica un conocimiento superficial de sus vidas. Y es que el boxeo, fundamentalmente, tiene que ver con la rabia. De hecho, es el único deporte en el que la rabia es aceptada, ennoblecida. Es la única actividad humana en la que la rabia puede ser traspuesta inequívocamente en arte.

Algunos observadores —varios de ellos hombres— consideran que los boxeadores están enojados porque son hombres; y el enfado, para los hombres, es un medio para afirmar la dominación sobre otros hombres, una herramienta, se podría decir, de la interacción varonil. Con todo, es razonable suponer que los

boxeadores pelean porque los objetos legítimos de su rabia no les son accesibles. No hay sistema político en el que el espectáculo de dos hombres que pelean no sea una imagen chocante, si bien no intencionada, de la impotencia política de la mayoría de los hombres (y mujeres): Se pelea contra lo que está más cerca, lo que está disponible, lo que está dispuesto a pelear con uno. Y, si se puede, se hace por dinero.

Si los boxeadores en cuanto clase están enojados, habría que ser voluntariamente ingenuo para no saber por qué. En su inmensa mayoría, ellos constituyen la parte marginada de nuestra solvente sociedad, son los hijos

de los *ghettos* pobres donde la rabia, si no la furia, es apropiada, aún más, tal vez, que la mansedumbre y abnegación cristianas. (Era sólo en la cárcel donde Sonny Liston, uno de los veinticinco hijos de una familia de cosecheros del Arkansas rural, encontraba suficiente la comida). Allí donde hay paz, teoriza Nietzsche, el hombre de guerra se ataca a sí mismo; pero ¿qué es exactamente «la paz»; dónde hallarla en *ghettos* de indecible miseria y malestar? Puede que el boxeo sea una forma cruel de autoagresión, pero es la manera más inmediata de trascender el propio destino. Ir a la guerra, como Marvin Hagler, y hacer en ella millones de

dólares, es inequívocamente
norteamericano.



La historia del boxeo —o de la
lucha— en los Estados Unidos es en
gran parte la misma historia del negro de

Norteamérica. No hace falta decir que allí las fuerzas armadas de los últimos tiempos están constituidas, en su gran mayoría, por jóvenes negros; la mayor parte de los soldados que lucharon y murieron en Vietnam, eran negros. Tal vez sea menos sabido que en el sur de los Estados Unidos, antes de la guerra civil, los blancos dueños de esclavos solían poner a sus esclavos negros a pelear entre sí, y que hacían apuestas. Para impedir que los esclavos se fugaran, o, quizás, para hacer poéticamente gráficas las circunstancias de la degradación de los negros, les ponían en el cuello anillas de hierro sujetas a una cadena. A menudo los

combates eran a muerte. Los espectadores, naturalmente, eran blancos y del sexo masculino.

Los «collares de lucha de esclavos», como se les llama, son a veces expuestos como artefactos de una historia específica del sur de los Estados Unidos y a veces como instrumentos de tortura.

Ahora que los boxeadores más sobresalientes son negros, hispanos o mexicanos, el hombre puramente «caucasiano» empieza a parecer anémico en el *ring*; un campeón de piel blanca (el enormemente popular Barry MacGuigan, por ejemplo) tiene algo de anomalía, y los boxeadores de piel

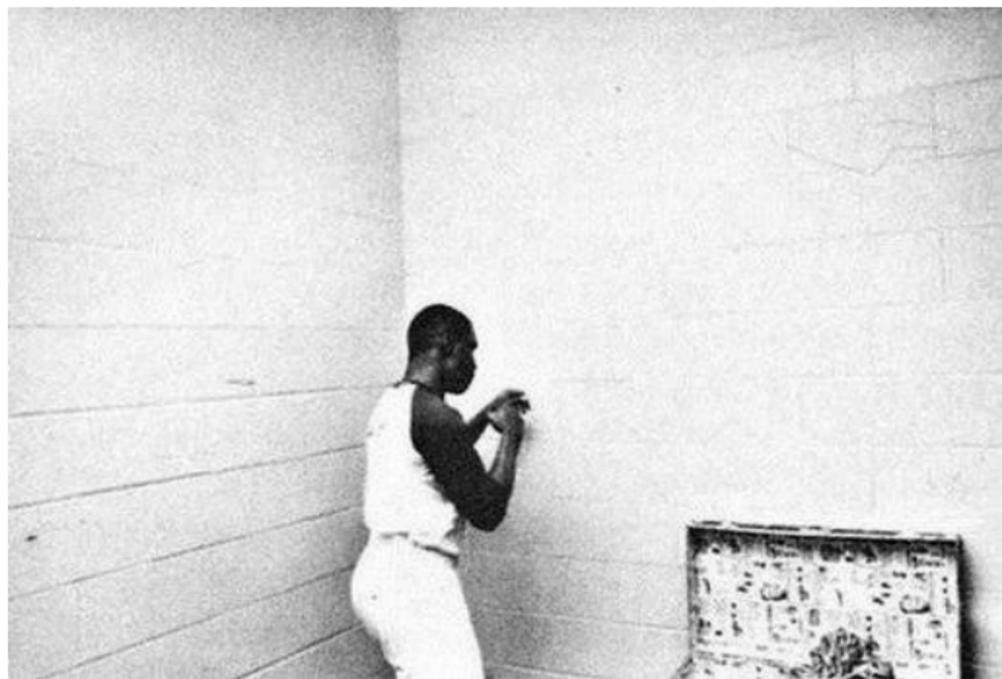
blanca (Gerry Cooney, Matthew Hilton, Gene Hatcher y otros) son muy buscados. Uno de los atletas más famosos de Canadá es el joven peso welter Shawn O'Sullivan, de figura tan inquietantemente *blanca* en el cuadrilátero que, en su primer combate, televisado para un público norteamericano, los espectadores tuvieron la impresión casi inmediata de que su negro contrincante, el más experimentado Simon Brown, lo derrotaría con facilidad. Las angustias de épocas anteriores —que los negros demostrarían ser más «viriles» que los blancos si se les permitía luchar en combates públicos y justos— parecen

haberse concretado en verdades.

Tal vez no sea de todos conocido que existió un campeonato negro por el título de pesos pesados desde 1902 hasta 1932, cuando muchos blancos (entre ellos John L. Sullivan, Jim Jeffries, Jack Dempsey) se negaban a pelear con negros. (En 1925 Dempsey se negó rotundamente a enfrentarse a Harry Wills —«la Amenaza Negra»— en un combate por el título que muchos observadores le instaron a librar). Uno se pregunta: ¿quiénes eran los verdaderos campeones mundiales de aquellos años? Y, ¿qué valor tienen los récords históricos cuando indicaban de forma tan flagrante los prejuicios de una

raza dominante? En fecha tan reciente como 1982, tras décadas de ejemplares boxeadores negros —desde Jack Johnson hasta Joe Louis, Sugar Ray Robinson, Muhammad Ali—, el campeón de los pesos pesados Larry Holmes desató una oleada de calumnias e insultos racistas cuando defendió su título contra el sobrevalorado y sobrepromocionado retador Gerry Cooney, la Esperanza Blanca (cuya foto antes del combate, y no la de Holmes, apareció en la portada de la revista *Time*). Se dice que el día de la pelea, en Las Vegas, el servicio secreto del presidente Reagan instaló un teléfono especial en el camerino de Cooney, de

modo que este boxeador blanco pudiera ser felicitado de inmediato en caso de ganar; no se instaló teléfono alguno en el camerino del campeón negro.



Mucho se ha hablado de la legendaria amargura de Holmes, como si

haber ganado millones de dólares —y también haber hecho ganar millones de dólares a otros— tuviera que haber limpiado pulcramente las humillaciones del pasado. Se trata seguramente de una imposibilidad psicológica. Al mancillar la memoria de Rocky Marciano tras la primera de sus dos polémicas derrotas frente a Michael Spinks, bien puede ser que Holmes hubiera estado atacando a todos los campeones blancos: «... seré técnico: Rocky Marciano no podría haber usado mi suspensorio».

Hombres y mujeres sin razones personales o de clase para sentir rabia tienden a descartar, cuando no a condenar piadosamente, las emociones

de los demás. ¿Por qué tal descontento? ¿Por qué el desasosiego? ¿Por qué tan *estridente*? Sin embargo, este mundo se concibe en rabia —y en odio, y en hambre— tanto como se concibe en amor: ésa es una de las cosas de que trata el boxeo. Es algo tan sencillo que podría pasarse por alto.

Aquellos cuya agresión es enmascarada, u oblicua, o fallida, siempre la condenarán en otros. Estos son de los que tienden a considerar «primitivo» el boxeo... como si habitar la carne no fuese una proposición primitiva, radicalmente inadecuada para una civilización apoyada en y siempre subordinada a la fuerza física: misiles,

cabezas nucleares. El silencio terrible en el cuadrilátero del boxeo es el silencio de la naturaleza antes del hombre, antes del lenguaje, cuando el solo ser físico era Dios.

Sea como fuere, la rabia no es una respuesta apropiada para ciertos hechos intolerables de la vida, no es una malignidad sin motivo, como en las tragedias clásicas, sino un impulso completamente motivado y socialmente coherente. La impotencia asume muchas formas: una de ellas es el temerario derroche de potencia física.

What time is it?
—«*Macho Time!*»

HÉCTOR «MACHO MAN»
CAMACHO,
campeón WBC de pesos
ligeros

*Yo no quiero noquear a
mi adversario.*

*Quiero pegarle,
alejarme, y mirar cómo le
duele.*

Yo quiero su corazón.

JOE FRAZIER,
ex-campeón mundial de
pesos pesados

Una proposición de cuento de hadas: el campeón de los pesos pesados es el hombre más peligroso de la tierra, el más temido, el más hombre. Su pareja adecuada es, con toda probabilidad, la princesa de cuento de hadas a quien los espejos declaran la mujer más bella del mundo.

El boxeo es una actividad puramente masculina y habita un mundo puramente

masculino. Lo cual no quiere sugerir que la mayoría de los hombres estén definidos por ello: con toda evidencia, la mayoría de los hombres no lo están. Y si bien hay mujeres boxeadoras —hecho éste que parece sorprender, alarmar, divertir—, el papel de la mujer en el deporte siempre ha sido sumamente marginal. (En el momento en que esto se escribe, la boxeadora norteamericana más famosa es la campeona negra Lady Tiger Trimiari, con su cabeza rasurada y su teatral atuendo atigrado). En los combates pugilísticos, el papel de la mujer se limita al de la chica del cartel y al de ocasional cantante del himno nacional: funciones estereotípicas por lo

general desempeñadas de forma estereotipadamente femenina y plácida: aparte de eso las mujeres no tienen un sitio natural en el espectáculo. Las chicas del cartel, con sus bañadores y sus zapatos de tacón alto, chicas con el *glamour* de los años cincuenta, complementan a los boxeadores, con sus pantalones y su calzado de gimnasio, pero no han de ser tomadas en serio: su exhibición en público no entraña riesgo alguno y es puramente decorativa. El boxeo es para hombres, y va de hombres, y *es* hombres. Una celebración de la pérdida religión de la masculinidad, tanto más incisiva por ser pérdida. En este mundo, cierta clase de

fuerza —acompañada, naturalmente, de inteligencia y destreza infatigablemente desarrolladas— determina la masculinidad. Del mismo modo en que un boxeador es su cuerpo, la masculinidad de un hombre es el uso que da a su cuerpo. Pero también es su triunfo sobre el uso que otro le da a su cuerpo. El Adversario es siempre hombre, el Adversario es el rival de la masculinidad propia, realizada completa y combativamente. Sugar Ray Leonard dice, hablando de su vuelta al cuadrilátero para luchar contra otro hombre, Marvin Hagler: «Quiero a Hagler. Necesito a ese hombre». Thomas Hearns, terminantemente

derrotado por Hagler, dice haber estado obsesionado con él: «Me hace mucha falta la revancha... no he pasado un minuto ni una hora sin pensar en ello». De ahí la característica repugnancia de las mujeres por el boxeo, de por sí acompañada de un intenso interés y curiosidad por la fascinación que en los hombres produce. Que los hombres peleen entre sí para determinar la valía (es decir, la masculinidad) excluye a las mujeres de forma tan absoluta como la experiencia femenina de dar a luz excluye a los hombres. A propósito: ¿existirá tal vez alguna relación?



En cualquier caso, se considera que la agresión a secas es competencia peculiar del hombre, así como la crianza es competencia peculiar de la mujer. (La boxeadora viola este estereotipo y no puede ser tomada en serio: es parodia, es historieta animada, es monstruosa. De

tener una ideología, es susceptible de ser feminista). El psicólogo Erik Erikson descubrió que cuando las niñas juegan con bloques crean, por lo general, espacios interiores agradables y entradas atractivas, mientras que los niños tienden más a apilar los bloques lo más alto que pueden para luego mirar cómo se desploman: «la contemplación de las ruinas», observa Erikson, «es una especialidad masculina». Al margen de la hipnótica elegancia y belleza de un gran combate de boxeo, es el catastrófico final lo que todos aguardan y esperan: los bloques apilados a la máxima altura posible, para luego derribarlos espectacularmente. Las

mujeres, cuando observan un combate pugilístico, tienden a identificarse con el boxeador que pierde, o el que está herido; los hombres suelen identificarse con el ganador. Existe un punto en el que los espectadores varones son capaces de identificarse con el combate, podría decirse, como en una experiencia platónica abstraída de sus individuos; si habían favorecido a uno u otro de los boxeadores, y ese boxeador está perdiendo, pueden trasladar su lealtad al vencedor, o, mejor dicho, la «lealtad» se desplaza, se aleja de la volición consciente. De esta manera el ritual de la lucha es siempre honroso. Nunca se pone en duda el elevado valor del

combate.

El propio vocabulario del boxeo sugiere un mundo patriarcal conquistado por adolescentes. Este mundo es joven. Su foco es la juventud. Su foco es, por supuesto, el macho/machismo elevado más allá de la parodia. Entrar en el claustrofóbico mundo del boxeo profesional, incluso como espectador, es entrar en lo que parecería ser una destilación del mundo masculino, vacío ya de mujeres, con sus fantasías, esperanzas y estratagemas magnificadas como en un espejo distorsionador, o en un sueño.

Aquí nos volvemos a encontrar a través del espejo. Los valores se

invierten, se vuelven de dentro afuera: el boxeador no es valorado por su humanidad sino por ser un «matador», un «aporreador», un «hombre/puñetazo», un «animal», por ser «salvaje», «inmisericorde», «devastador», «feroz», «cruel», «homicida». Los contrincantes no son simplemente derrotados, como en un juego, sino también «derribados», «atiesados», «almidonados», «congelados», «destruidos», «aniquilados». Hasta los veteranos periodistas deportivos de una publicación tan respetable como *The Ring* tienden a mostrarse despiadados con un boxeador que haya sido

derrotado. Gran parte del atractivo que Roberto Durán ejercía sobre los intelectuales *aficionados* al boxeo, no menor al que producía en aquellos a quienes se podía suponer sus admiradores naturales, era que daba la impresión de querer matar de verdad a sus contrincantes: en su plenitud fue conocido como el «asesino de cara de bebé», el de los «ojos apagados» y expresión inalterable que una vez dijera, tras haber noqueado a un adversario de nombre Ray Lampkin, que no se había entrenado para la pelea: que la próxima vez mataría a su hombre. (Según la leyenda, en cierta ocasión Durán derribó a un caballo de un solo golpe). Sonny

Liston fue otro campeón alabado por su agresividad, tan diferente en espíritu que parecía pertenecer a otra subespecie; ver cómo Liston superaba a Patterson en grabaciones de sus combates a principios de los sesenta es ver la derrota de la «civilización» por algo tan elemental y primario que no puede ser nombrado. La masculinidad en esos términos es estrictamente jerárquica: dos hombres no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo.

Actualmente, Mike Tyson, de veinte años de edad, el muy elogiado *protégé* de Cus D'Amato, está siendo preparado para ser el hombre más peligroso de la categoría de los pesos pesados. A él se

refieren con admiración y lo llaman «toro joven»; su fuerza es prodigiosa, al menos tal como ha demostrado frente a oponentes lo bastante desventurados e inmóviles; entra al ruedo sin bata —«me siento como un guerrero»— y brillante de sudor. Ni siquiera lleva calcetines. Su modelo pugilístico no es Muhammad Ali, el más brillante de los tiempos modernos, sino Rocky Marciano, sin gracia, de pies pesados, indomable, el hombre del rechazazo masivo, que estaba dispuesto a encajar cinco puñetazos con tal de colocar uno. Fue después de haberle roto la nariz a Jesse Ferguson en un reciente combate, cuando Tyson dijo a los reporteros que su

estrategia consistía en intentar hundirles la nariz en el cerebro...

¡Los nombres de los boxeadores!
Machismo como poesía pura.

Aunque hemos tenido, en otra época, a «Gentleman Jim» Corbett (campeón mundial de los pesos pesados entre 1892 y 1897); y al primer campeón negro de los pesos pesados, Jack Johnson (1908-1915), que se hacía llamar «Arturito» para humorizar su poderoso físico y su salvaje estilo en el *ring*. (Johnson era la pesadilla de los blancos: el negro que se burlaba de sus contrincantes blancos al tiempo que los

humillaba con sus puños). Ya en tiempos más recientes tuvimos a «Sugar Ray» Robinson y a su más joven tocayo «Sugar Ray» Leonard. Y a Tyrone Crawley, un pugilista pensador que se hace llamar «el Mariposa». Pero en la mayoría de los casos el nombre de un boxeador se escoge para que sugiera algo más feroz: Jack Dempsey, de Manassa, Colorado, era «el Matón de Manassa»; el formidable Harry Greb era «el Molino de Viento Humano»; Joe Louis era, por supuesto, «el Bombardero Moreno»; Rocky Marciano, «el Rompeladrillos de Brockton»; Jack LaMotta, «el Toro del Bronx»; Tommy Jackson, «Huracán» Jackson; Roberto

«Mano' e' Piedra» Durán y, para variar, «el Matoncito». Más recientes son Ray «Boom-Boom» Mancini; Thomas «Golpeador» Hearn; James «Piedra Dura» Green; Al «Terremoto» Carter; Frank Fletcher «el Animal»; Donald Curry «el Cobra»; Aaron Pryor «el Halcón»; Tim Witherspoon «el Terrible»; «Rompehuesos» Smith; Johnny Bum-phus «Bump City»; Lonnie «Rayo» Smith; Barry McGuigan «el Ciclón de Clonos»; Gene «Perro Rabioso» Hatcher; Livingstone Bramble, «el Toro del Infierno»; Héctor «Macho Man» Camacho. «El Maravilloso» Marvin Hagler se cambió el nombre legalmente para llamarse Marvelous

Marvin Hagler antes de que su combate contra Thomas Hearns le diera fama nacional.

José Torres dijo en una ocasión que el machismo del boxeo es una condición de la pobreza. Pero sin duda no es condición exclusiva de la pobreza. Ni siquiera de la adolescencia. Yo lo considero como el anverso de lo femenino, la negación de lo femenino en el hombre, que tiene su ambiguo atractivo para todos los hombres, por «civilizados» que sean. Es un remanente de otra era, una época anterior en que la personalidad física era prioritaria y la masculinidad del guerrero su más alta expresión.

*Nosotros los
luchadores entendemos las
mentiras.*

¿Qué es una finta?

*¿Qué es un gancho
izquierdo*

por golpe corto?

¿Qué es un hueco?

*¿Qué es pensar una
cosa y hacer otra...?*

JOSÉ TORRES,
ex-campeón mundial del
peso semipesado

Uno de los elementos básicos de la trama del boxeo es la mentira. Se trata del cultivo sistemático de una doble personalidad: la personalidad en sociedad, la personalidad en el *ring*. Igual que el gran maestro del ajedrez canaliza sus poderosos impulsos agresivos en el tablero, que es el mundo en minúsculas, también el boxeador «nato» canaliza su fuerza en el cuadrilátero, contra el Adversario. Y en el *ring*, si es un buen boxeador y no un simple trabajador cualificado, cultivará aún otra personalidad dividida: desbaratar la estrategia que el Adversario ha concebido para él. Los boxeadores, al igual que los

ajedrecistas, deben pensar sobre el terreno: tienen que improvisar en plena pelea, por decirlo de alguna manera.

(Y es seguramente el ajedrez de campeonato, y no el boxeo, nuestro juego más peligroso, al menos en lo que respecta al riesgo psicológico. La megalomanía y la psicosis suelen acechar al gran maestro cuando éste ya no puede descargar sobre el tablero sus extraordinarios poderes mentales).

En agosto de 1985, tras su inesperada victoria frente al peso superligero del WBC Billy Costello, el virtualmente desconocido «Rayo» Lonnie Smith le dijo a un reportero de *The Ring* que su modelo para el boxeo

era el ajedrez: el boxeo es un «juego de control, y, como en el ajedrez, este control puede irradiar en círculos *desde* el centro, o en círculos *hacia* el centro... Toda la acción del boxeo se desarrolla en círculo; pueden ser pequeños círculos en medio del cuadrilátero o círculos amplios a lo largo de las cuerdas, pero siempre en círculo. El hombre que gana es el que controla la acción del círculo». El estilo de Smith contra Costello en el *ring* era tan descaradamente temperamental — evocador por momentos de Muhammad Ali y de Jersey Joe Walcott— que el hasta entonces invicto Costello, conocido como duro pegador, quedó

totalmente desmoralizado, rezagado, superado. (Como cuando fue derrotado algunos meses más tarde por un furioso Alexis Argüello, quien «jubiló» a Costello del *ring*).

Cassius Clay/Muhammad Ali, el más polémico de los campeones, fue inicialmente un brillante estratega del cuadrilátero, un prodigioso joven cuya rapidez con manos y pies lo convertía prácticamente en un blanco imposible para los golpes de sus adversarios. Qué dicha la del joven Ali: en la inimitable arrogancia de un peso pesado que bailoteaba en torno a sus desconcertados adversarios con los guantes a la altura de la cadera, invitándolos a golpear... a

intentarlo. (Qué dicha, en todo caso, la del Ali de películas y grabaciones, aún en sombría yuxtaposición con el Ali de hoy, pasado de peso, hasta regordete, de hablar y reacciones entorpecidas por el mal de Parkinson). El estilo del joven boxeador, enfrentado a un «mortífero» golpeador como Sonny Liston, consistía simplemente en adelantarse a sus ideas y maniobras: nunca antes, y nunca después, ha desplegado un peso pesado un estilo semejante, una inimitable combinación de inteligencia, sagacidad, gracia, irreverencia, astucia. Era tan deslumbrante el talento de Ali en su juventud que no estaba del todo claro si de hecho él tenía lo que los boxeadores

llaman «coraje»: la capacidad de seguir peleando cuando se ha sido lesionado. En años posteriores, ya reducida la velocidad de Ali, emergió un boxeador nuevo y más complejo, un boxeador más grande aún, podría decirse, como en la trilogía de combates con Joe Frazier, de los cuales aquél perdió el primero.

Sugar Ray Leonard, el más carismático de los boxeadores posteriores a Ali, cultivaba un estilo que consistía en un vertiginoso equilibrio de contrarios, con su capa exterior de arrogancia callejera y juguetona (evocadora, por cierto, de la de Ali), y con todo el talento de Leonard; sólo en sus más arduos combates (con Hearns y

Durán) se revelaba como el boxeador inteligentemente feroz que era. Habiendo perdido una vez frente a Durán, no pudo perder por segunda vez: su orgullo no se lo permitía. Así como el orgullo no permitió a Durán seguir boxeando cuando intuyó que había pasado su punto más alto. (Aunque, en este momento, Leonard ha declarado públicamente su intención de regresar para un combate de altura: él es el único que sabe cómo derrotar a Marvin Hagler. Cuestión de ego, dice Leonard, como si necesitáramos que nos lo dijera).

La personalidad en sociedad, la

personalidad en el *ring*. Pero existen muchas personalidades y, naturalmente, muchos boxeadores: desde el tímido, introvertido y dolorosamente inexpresivo Johnny Owen (el peso gallo galés que murió tras un asalto contra Lupe Pintor en 1979), hasta el a menudo maníaco Muhammad Ali en sus mejores tiempos (a quien Norman Mailer comparó con un loro de 1,83 m. que no para de chillar que está en el centro del escenario: «Ven a por mí, idiota. No puedes, porque no sabes quién soy yo»); desde las legendarias bravatas de John L. Sullivan a las relativas modestias de Rocky Marciano y Floyd Patterson. (Patterson, el más joven ganador del

título de los pesos pesados, tenía fama de ser una persona no violenta que una vez ayudó a un contrincante a recoger su protección dental de la lona. «No me gusta ver sangre», explicaba Patterson. «Es distinto cuando soy yo quien sangra, eso no me molesta, porque no puedo verlo». No fue contrincante, físicamente ni en ningún otro sentido, para el siguiente campeón de los pesos pesados, Sonny Liston). Por cada boxeador de la reputación de un Roberto Durán hay seguramente una docena que son simplemente «buenos tipos»: Ray Mancini, Milton McCorry, Mark Breland, Gene Hatcher, y muchos más. Antes de perder sus combates decisivos y

empezar su carrera de descenso, el joven peso medio de Chicago, John Collins, fue a menudo publicitado como una verdadera personalidad escindida, un «Dr. Jekyll/Mr. Hyde» del *ring*; el interrogante fundamental (y seguramente solapado) es el siguiente: ¿Cómo puede un joven tan agradablemente cortés como tú volverse tan malo en el *ring*? La respuesta de Collins fue suficientemente franca: «Cuando estoy en el *ring* estoy luchando por mi vida».

Podría teorizarse que la lucha activa en ciertas personas no sólo es una corriente adrenalínica exquisitamente placentera, sino también una personalidad atávica que, cuando va

acompañada de una especie de instintiva inteligencia de los tejidos, de una velocidad neurológica desconocida por el hombre y la mujer «comunes y corrientes», hace al boxeador nato, al gran campeón en potencia, al boxeador *inequívocamente* dotado. Una personalidad de proscrito o de fuera de la ley, a la que se ha dado el extravagante calificativo de «instinto asesino». (Si bien hablar de instinto siempre es hablar en términos vagos, ya que no se puede aislar el «instinto» de la confluencia de factores —salud, clase económica, relaciones familiares, buena o mala suerte— que determinan una vida). Se reconoce al boxeador de

instinto asesino cuando la multitud salta de sus asientos en una marejada de delirio en respuesta al ataque que ha lanzado a su adversario, al margen de que éste sea el favorito o un «buen tipo» al que nadie quiere en verdad ver gravemente herido.

En nuestra especie existe el instinto de lucha, pero ¿existe el instinto de *matar*? ¿Tendría un asesino «nato» la disciplina, por no hablar de integridad moral, para someterse a los rigores del boxeo a fin de ejercer su instinto? Seguro que existen maneras más sencillas: las leemos a diario en los periódicos. Es evidente que el luchador, al igual que la multitud a la que encarna,

reacciona con excitación al ver sangre —*first blood*, es una expresión de los tiempos del *Prize Ring* inglés—, pero suele haber espectadores aficionados que exigen a gritos la suspensión del combate cuando éste ha llegado al cénit de la acción. El público de boxeo en un vasto escenario como el Madison Square Garden me hace pensar en una ola gigantesca que contiene olas contrarias y contracorrientes, voces aisladas pero fuertes que ofrecen resistencia al movimiento, más fuerte, hacia la violencia exaltada. Estos disidentes se muestran severamente críticos frente a los árbitros que permiten que el combate se prolongue

demasiado.

(Creo recordar a mi padre instando a que se interrumpiera un combate: «¡Ha terminado! ¡Ha terminado! ¿Qué sentido tiene?». ¿Sería Marciano aporreando a un contrincante hasta la sumisión, o Carmen Basilio, o Kid Gavilán? De eso hace mucho tiempo; estábamos en casa, el sangriento combate había sido televisado y, por ende, esterilizado. En realidad, no es posible imaginar el impacto de los golpes en la cabeza y el cuerpo de un hombre a través de la pantalla del televisor, con sus dimensiones espectralmente aplanadas...).

Dando por sentado lo anterior, es sin

embargo cierto que el boxeador que actúe a modo de conducto por el que se consuman las agresiones incoadas del público será por cierto un boxeador muy popular. Más que los combates «concienzudos», son las peleas más aparatosas las que tienen mayor posibilidad de ser calurosamente recordadas en la leyenda pugilística: Dempsey-Firpo, Louis-Schmeling II, Zale-Graziano, Robinson-LaMotta, Pep-Saddler, Marciano-Charles, Ali-Frazier y, más recientemente, Hagler-Hearns. Sonny Liston ocupa una posición *sui generis* por la truculencia de su personalidad pugilística: el aire de duro camorrero que presentó al mundo negro

no menos que al blanco. (Liston fue arrestado diecinueve veces y cumplió pena de cárcel en dos ocasiones, la segunda por robo a mano armada). Puede ser que el ex-campeón Larry Holmes se viera a sí mismo en ese papel: el negro impulsado por la más profunda amargura a hacer daño allí donde hiciera falta. Y, durante un tiempo, el rastafari Livingstone Bramble, cuya *vendetta* de Ray Mancini parece haberse alimentado en una inquina sin fundamento.

El único asesino confeso de prestigio pugilístico parece haber sido el campeón de los pesos welter Don Jordan (1958-1960), quien afirmaba

haber sido asesino a sueldo cuando era un muchacho en su República Dominicana natal. «¿Qué tiene de malo matar a un ser humano?», preguntó Jordan retóricamente en una entrevista. «La primera vez que matas a alguien vomitas, te sientes como un perro... La segunda no sientes nada». Según su propio testimonio, Jordan mató o ayudó a matar a más de treinta hombres en la República Dominicana, sin ser aprehendido. (De hecho, parece ser que lo hizo al servicio del gobierno). Después de que Jordan y su familia se trasladaran a California, mató a un hombre por razones «personales», crimen por el cual fue enviado al

reformatorio a la edad de catorce años. «Quemé a un hombre como si fuera un animal... Lo clavé al suelo. Le até las manos y los brazos, lo envolví en papel y lo quemé como a un animal. Me dicen: “Tú eres un enfermo mental”». En el reformatorio le enseñaron a boxear: entró en el campeonato *Golden Gloves* y ganó todos sus combates; luego compitió en los Juegos Olímpicos, donde sus resultados fueron peores. Bajo la égida de la Cosa Nostra se hizo profesional y su carrera, si bien meteórica, tuvo una vida breve.



En su obra autobiográfica *Toro salvaje*, Jake LaMotta atribuye su éxito como boxeador —fue durante poco tiempo campeón de los pesos medios, 1949-1951, pero boxeador popular por muchos años— a que no le daba importancia a la posibilidad de morir en

el *ring*. Durante once años creyó equivocadamente haber matado a un hombre en un atraco y, sin confesarlo pero sintiéndose culpable y queriendo ser castigado, LaMotta se lanzó al boxeo tanto para ser herido como para herir. Su pasado es paralelo al de Rocky Graziano —en el reformatorio juvenil habían sido amigos—, pero su desesperación era más intensa que la de Graziano (cuya autobiografía se titula, literalmente, *Alguien me quiere allí arriba*, suposición de lo más optimista). LaMotta dijo en una entrevista: «Habría luchado con cualquiera. No me importaba quién fuera. Hasta quise pelear con Joe Louis. Sencillamente no

me importaba... Pero eso me hizo ganar. Me dio una agresividad que mis adversarios no habían visto nunca. Me pegaban, pero a mí no me importaba ser golpeado». Cuando LaMotta se enteró de que su víctima no había muerto, su gusto por el boxeo se desvaneció, y fue entonces cuando su trayectoria inició su abrupta pendiente de descenso. Gracias a la confesión de LaMotta y a la película *Toro Salvaje*, fragmentariamente basada en ella, LaMotta se ha incorporado al folklore boxístico: él es el fulgurante luchador barriobajero cuya integridad le permitirá perder adrede sólo un combate (en una época en la que eso se hacía rutinariamente), pero con tan irónico

desdén que la comisión de boxeo le retira la licencia.

Tradicionalmente, el boxeo tiene fama de cambiar la vida de los jóvenes de los *ghettos* y de los marginados en general. Es imposible calcular cuántos boxeadores han surgido realmente de tales orígenes, pero podría aventurarse que se trata de cerca del 99%, incluso actualmente. (Se dice que Muhammad Ali fue una excepción porque sus orígenes no eran desesperadamente paupérrimos, lo cual permite explicar, quizás, su confianza ilimitada de los primeros tiempos). Mientras en algunos centros juveniles del área de Detroit se daban clases de tenis, en los barrios de

Joe Louis y Ray Robinson se daban clases de boxeo, naturalmente. ¿Con qué finalidad iban a aprender a jugar al tenis chicos negros pobres? LaMotta, Graziano, Patterson, Liston, Héctor Camacho, Mike Tyson: todos ellos aprendieron a pelear en cautiverio, por decirlo de algún modo. (Liston, delincuente más avanzado que los demás, empezó a tomar clases de boxeo cuando cumplía condena por segunda vez en la penitenciaría estatal de Missouri, por atraco a mano armada). El boxeo es el equivalente moral de la guerra de la que, en un contexto radicalmente distinto, hablaba William James, y posee la virtud —¡una virtud

muy norteamericana!— de proporcionar grandes cantidades de dinero tanto a quienes lo practican como a sus apoderados, no todos los cuales son blancos.

Uno de los argumentos típicos para *no* abolir el boxeo es que de hecho proporciona una válvula de escape a la rabia de la juventud marginal, principalmente negra o hispana, que puede ganarse la vida por sus propios medios peleándose entre sí en lugar de luchar contra la sociedad.

La cuestionable expresión «instinto asesino» fue acuñada para referirse a

Jack Dempsey en sus mejores tiempos: sus famosos primeros combates con Jess Williard, Georges Carpentier, Luis Firpo («el Toro Salvaje de la Pampa»), y otros boxeadores menos conocidos a quienes derrotó salvaje y contundentemente. ¿Ha existido alguna vez un boxeador realmente parecido al joven Dempsey?, al parecer la mismísima encarnación del hambre, la rabia, la voluntad de hacer daño; el espíritu del fronterizo del Oeste que se traslada al Este para hacer fortuna. Siendo el más crudo de los personajes de pesadilla, la imagen de Dempsey ha ido refinándose gradualmente hasta convertirse en un mito norteamericano

de reconfortantes dimensiones. El asesino del *ring* se convierte en el *restaurateur* de Nueva York, en un éxito de los negocios, en «el más gentil entre los hombres».

Dempsey fue el noveno de los once hijos de un depauperado mormón, cosechero y trabajador ambulante de ferrocarriles en Colorado; no tardó en abandonar su hogar y se abrió paso por los campamentos mineros y los pequeños pueblos del Oeste, comenzó a pelear por dinero cuando era poco más que un niño. Se dice, en temeroso elogio, que sus parejas de entrenamiento corrían el riesgo de ser gravemente lesionados: a Dempsey no le gustaba

compartir el *ring* con nadie. Si sigue siendo el campeón más espectacular (y más querido) de la historia es, en parte, porque peleó cuando las reglas del boxeo eran más bien informales vistas desde nuestros parámetros; por ejemplo, cuando a un boxeador le era permitido golpear a su adversario mientras éste intentaba ponerse en pie, como en el extraño asalto con Williard, y el aún más caprichoso con Luis Firpo, que si se los compara con los actuales combates de pesos pesados como el de Holmes y Spinks, estos últimos parecen minués. Mientras algunos campeones del boxeo (Tunney, por ejemplo) tenían que cultivar y alimentar su agresividad, en el

caso de Dempsey era directa y natural: en el *ring* actuaba como si tuviera la intención de matar a su adversario. La velocidad de su ataque y su evidente desprecio por las estrategias de defensa lo hicieron querido por las multitudes exaltadas que nunca antes habían visto algo semejante.

(El primer combate que Dempsey libró por el título, en 1919, contra el envejecido campeón Jess Williard, fue calificado en su momento de «homicidio pugilístico» y sin duda hoy habría sido suspendido en el primer asalto... en los primeros treinta segundos del primer asalto. Williard, de treinta y siete años, muy fuera de forma, casi treinta y dos

kilos más pesado que Dempsey —quien tenía veinticuatro años—, no presentó defensa alguna a su retador. Aunque las películas muestran a un Williard asombrosamente resistente, por no decir temerario, levantándose repetidamente de la lona mientras Dempsey lo derriba, hacia el final del combate tenía la mandíbula rota, el pómulo partido en dos, la nariz aplastada, seis dientes rotos a nivel de la encía, un ojo cerrado a golpes, graves daños en el abdomen. Ambos luchadores estaban cubiertos de sangre... de Williard. Años después Kearns, el despedido apoderado de Dempsey, confesó, tal vez engañosamente, que había «cargado» los

guantes de su representado: le había tratado la trencilla de las manos con una sustancia a base de talco que al humedecerse se ponía dura como cemento).

Fue el estilo de lucha de Dempsey —rápido, despiadado, siempre directo y machacón— lo que cambió para siempre el boxeo norteamericano. Hasta Jack Johnson parece noble en comparación.

En lo que se refiere al «instinto asesino», Joe Louis era una anomalía que ninguna de sus biografías —ni siquiera la más reciente, la meticulosamente documentada *Campeón Joe Louis, un héroe negro en la América blanca*, de Chris Mead— ha

explicado por completo, si es verdad que puede explicarse cualquiera de nuestros motivos, excepto en los términos psicológicos y sociológicos más generales. Louis era un hombre modesto y más que discreto fuera del *ring*, pero dentro era una especie de máquina de golpear: tan desprovisto de emociones (en apariencia) que hasta sus parejas de entrenamiento se asustaban frente a él. «Son sus ojos», dijo uno. «Están en blanco y miran fijo, siempre mirándote. Esa mirada vacía... eso es lo que te pone mal». A diferencia de su notorio antecesor Jack Johnson y de su aún más notorio sucesor Muhammad Ali, Joe Louis se vio obligado a vivir su

«negritud» en secreto, si es que la vivió de alguna manera; ser un héroe *negro* en la Norteamérica *blanca* en la época en que Joe Louis alcanzó la mayoría de edad no debió de ser tarea fácil. La impasible expresión de Louis y su mirada de asesino eran con toda probabilidad aspectos de su estrategia más que apreciaciones fiables de su psique. Y el descenso al desequilibrio mental —paranoia— de sus últimos años fue, seguramente, consecuencia de las presiones que soportó, cuando no una desmesurada, aunque poéticamente válida, respuesta al escrutinio de los demás, ejercido sobre él durante décadas.

Una de las más polémicas leyendas del boxeo está relacionada con la muerte de Benny «Kid» Paret a manos de Emile Griffith en un combate de pesos welter celebrado en el Madison Square Garden en 1962. Según la historia, Paret provocó a Griffith mientras se pesaban llamándolo *maricón*^[3] y esa noche murió, efectivamente, a manos de Griffith en el *ring*. Al recordar este hecho, años más tarde, Griffith dijo que se había limitado a seguir las instrucciones de su entrenador: golpear a Paret, lesionar a Paret, no dejar de golpear a Paret hasta que el árbitro le

dijese que parara. En cuyo momento, tal como resultaron las cosas, Paret estaba prácticamente muerto. (Falleció diez días después).

Sin embargo, hay otros expertos en boxeo, presentes en el combate, que insisten en que la muerte de Paret fue accidental: «sucedió, sencillamente».

Hoy en día los encuentros pugilísticos suelen ser controlados con extremo cuidado por árbitros y médicos que observan desde primera fila: un reciente combate entre los pesos welter Don Curry y James Green fue suspendido por el árbitro porque Green, momentáneamente incapacitado, había bajado los guantes y *podría haber sido*

golpeado; un combate entre los pesos pesados Mike Weaver y Michael Dokes fue interrumpido no habiendo transcurrido dos minutos del primer asalto, antes de que el desafortunado Weaver pudiera comenzar. Salvo contadas excepciones —acuden inmediatamente a la memoria las peleas por el título entre Sandoval y Cañizales, entre Bramble y Crawley—, los árbitros han venido asumiendo cada vez mayor autoridad en el *ring*, hasta tal punto que a veces parece que el drama del boxeo ha comenzado a cambiar: X no noqueará a su adversario, sino que el árbitro suspenderá el combate antes de que pueda hacerlo. En las peleas más

violentas, la imagen predominante es la del árbitro que se cierne por la periferia del cuadrilátero, entrando para abrazar al hombre debilitado o indefenso en un gesto de paternal solicitud. Esta imagen entraña una gran fuerza emocional; no tan sensacional como el golpe de muerte, pero sugerente, quizás, de una ética del *ring* que evoluciona para aproximarse a la ética de la vida diaria. Es como si, en términos míticos, hermanos cuya misteriosa animosidad los ha llevado a batallar fueran salvados —absueltos de su enemistad de guerreros— por la sabiduría de su padre y protector. Yo salí del combate de ocho minutos de duración entre Hagler y

Hearns con la visión del perplejo Hearns, de pie pero no del todo consciente, salvado por el árbitro Richard Steele de lo que habría terminado siendo una lesión grave, si no la muerte, habida cuenta de la extraordinaria ferocidad del combate de Hagler aquella noche, y de la rabia personal que parecía haber imbuido al ambiente. («Era la guerra», dijo Hagler). El combate termina con Hearns abrazado a Steele: la tragedia evitada en el último momento.

Por supuesto, son muchos los que desprecian tales acontecimientos. Es la *feminización* del deporte, dicen.

*Nunca he sido
noqueado.*

*He estado
inconsciente, pero siempre
de pie.*

FLOYD PATTERSON,
ex-campeón del mundo de
pesos pesados

Ningún deporte norteamericano ha sido tan permanente y apasionadamente atacado como el boxeo, por razones

«morales» y de otra índole. Y ningún deporte norteamericano evoca reacciones tan ambivalentes en sus defensores; cuando se le hace la conocida pregunta: «¿Cómo puedes contemplar...?», el *aficionado* al boxeo no tiene, en realidad, respuesta. Sólo puede hablar de boxeo con quienes sean como él.

En diciembre de 1984, la Asociación Médica de los Estados Unidos aprobó una resolución en la que solicitaba la abolición del boxeo basándose en el principio según el cual si bien otros deportes entrañan tanto, e incluso más riesgo para la vida y la salud —siendo los deportes más

peligrosos el fútbol americano, las carreras de coches, el aerodeslizamiento, la escalada y el hockey sobre hielo, con el boxeo aproximadamente en séptimo lugar—, el boxeo es el único cuyo propósito consiste en hacer daño: el cerebro es el objetivo, el K.O. la meta. En un estudio se calculó que el 87% de los boxeadores padecen algún grado de lesión cerebral a lo largo de su vida, al margen del éxito relativo de sus carreras. Y además, está el riesgo de graves daños oculares. Igualmente inquietante, aunque menos plausible, es la evidencia sociológica de que la atención que los medios de

comunicación centran en el boxeo ejerce un efecto inmediato sobre el índice de homicidios en el país. (Según los sociólogos P. Phillips y John E. Hensley, dicho índice aumenta un 12%, término medio, durante los días siguientes a un combate muy publicitado, por la hipotética razón de que la pelea «proporciona una importante recompensa a una persona por infligir su violencia a otra, y se encuentra en el extremo opuesto de un juicio por asesinato bien llevado, en el que se impone un castigo importante a una persona por ejercer violencia física sobre otra»). Aunque sean dudosos estos hallazgos en una cultura donde la

televisión y la violencia fílmica se han convertido en moneda corriente, incluso para los niños, sí parece probable que el boxeo, como fenómeno *sui generis*, estimula, en lugar de resolver, ciertas emociones. Si bien el boxeo es afín a la tragedia clásica en su imitación de la acción y de la vida, no puede proporcionar la *Katharsis* de piedad y de terror de la que habló Aristóteles.



La heterogénea historia de la reforma del boxeo es probablemente tan antigua como el boxeo mismo. Como he señalado anteriormente, en tiempos del *Boxiana* de Pierce Egan, el *Prize Ring* estuvo de hecho prohibido en Inglaterra, aunque la aristocracia, incluido el

príncipe regente, asistía regularmente a los encuentros. El boxeo ha sido intermitentemente ilegal en diversas partes de Estados Unidos, y a menudo se lanzan campañas para prohibirlo de una vez por todas. Como el aborto, parece despertar emociones profundas y cismáticas. (Si bien los activistas que prohibirían el aborto no son necesariamente aquellos que prohibirían el boxeo: los instintos puritanos adoptan formas impredecibles). La relación entre el boxeo y la pobreza ha sido reconocida, pero nadie sugiere la abolición de la pobreza como medio de abolir el boxeo. Tan a menudo sostienen los jóvenes boxeadores que se

encuentran en mayor peligro en la calle que en el *ring*, que hemos de suponer que no exageran para convencer a crédulos reporteros blancos.

También se objeta que el boxeo como deporte está íntimamente ligado al crimen organizado. Investigaciones de ámbito federal y estatal, durante décadas —pero con mayor importancia en la de los cincuenta— han hecho que esta conexión sea inconfundible, aunque la situación es en cualquiera de sus instancias problemática. Uno se hace preguntas sobre las decisiones «sospechosas»: ¿son acaso tongos, o simplemente consecuencia de los prejuicios de los jueces? Como en la

segunda y muy polémica victoria de Michael Spinks sobre Larry Holmes, por ejemplo, y también el combate entre Wilfredo Gómez y Rocky Lockridge en mayo de 1985 (cuando los jueces le dieron la corona de los pesos superpluma a un paisano portorriqueño favorito). Y las actuaciones televisadas de antiguos ganadores de medallas de oro olímpicas y sus desfavorecidos adversarios han llamado la atención de más de un observador como no del todo convincentes...

No hace mucho vi una película de un combate arreglado, y hace tiempo olvidado, de Willie Pep, en el que éste se dejó superar por un adversario que no

era el favorito: el gran peso pluma actuó como se habría esperado de un boxeador convertido en actor, sin exceso de celo ni talento. Se me ocurre que el boxeo es un deporte tan refinado y al mismo tiempo tan crudo que no hay combate que pueda perderse intencionalmente con éxito; los sentidos simplemente perciben lo que no está sucediendo, lo que está siendo retenido, una especie de subtexto irónico de lo que ocurre en realidad. Puedes correr, pero no esconderte.

El problema no es el boxeo sino el dinero que lo rodea, las apuestas en Las

Vegas, en Atlantic City y en todas partes: un problema con pocas probabilidades de solución. He intentado leer el documento de 135 páginas a un solo espacio titulado «El crimen organizado y el boxeo: Informe final sobre el boxeo de la Comisión de Investigaciones del Estado de Nueva Jersey», de diciembre de 1985, y he llegado a la conclusión de que la comisión, que ha actuado para abolir el boxeo en Nueva Jersey, estaba mal orientada en su enfoque inicial: debería haber investigado el crimen organizado en Nueva Jersey, donde figuran las apuestas sobre boxeo de Atlantic City. Que la comisión vote para abolir el boxeo a secas a causa de sus

conexiones delictivas, sugiere una ingenuidad rayana en el más puro carácter vengativo: en tal caso tendríamos que abolir las funerarias, las pizzerías, las empresas de transporte, algunos sindicatos. Y si los apostadores no pueden apostar por el boxeo, simplemente apostarán por el fútbol, el baloncesto o el béisbol, cosa que, por otra parte, ya hacen.

Dado que el boxeo se convirtió en un negocio multimillonario bajo la égida de algunos pocos y astutos promotores—de los cuales el más visible es Don King—, es poco probable, en cualquier caso, que sea abolido. Se haría sencillamente clandestino, como el

aborto; o lo exiliarían a México, Cuba, Canadá, Inglaterra, Irlanda, Zaire... La historia del boxeo, fascinante por lo que sugiere de la compulsión de ciertos hombres por luchar y de otros por ser testigos, así lo exige.

El combate de 1896 por el título de los pesados entre Ruby Robert Fitzsimmons y Peter Maher, por ejemplo, fue prohibido en todo el territorio estadounidense, de modo que los promotores lo montaron en uno de los aislados bancos de arena de Río Grande, a 640 kilómetros de El Paso. (Es casi inimaginable que trescientos hombres hicieran el arduo viaje para presenciar el que sin duda fue el más

decepcionante de los combates por un título en la historia del boxeo, cuando Fitzsimmons noqueó a Maher en noventa y cinco segundos). En los mejores tiempos de Jack Dempsey, durante los años veinte, el boxeo estaba prohibido en una serie de estados, como el alcohol, y al igual que éste, por lo visto desató un histérico entusiasmo público. Los notables cinco minutos de Dempsey frente al gigantesco argentino Firpo fueron presenciados por ochenta y cinco mil personas, que en su mayoría debieron avizorar a duras penas el cuadrilátero, y menos aún vislumbrar a los boxeadores; las dos peleas de Dempsey contra Gene Tunney fueron

presenciadas por más de cien mil personas; la primera de ellas bajo un aguacero que cayó en «cegadas cortinas» durante cuarenta minutos, tanto sobre ambos boxeadores como sobre los espectadores. Las fotografías de aquellos eventos muestran estadios atestados de gente con cuadriláteros del tamaño de sellos de correos como altares centrales, y los boxeadores aparecen como diminutas figuras heráldicas. Haber asistido a un combate de Dempsey no significaba haber visto un combate de Dempsey, pero tal vez no se trataba de eso.

Cuando Jack Johnson ganó el título de los pesos pesados en 1908, tuvo que

perseguir al campeón blanco Tommy Burns hasta Australia para enfrentarse a él. El «peligro» del boxeo en aquella época —y una de las razones por las que los preocupados ciudadanos querían abolirlo— era que podía exponer y humillar a hombres blancos en el *ring*. Tras la decisiva victoria de Johnson sobre Jim Jeffries, la Esperanza Blanca, se produjeron revueltas y linchamientos racistas de un lado a otro de los Estados Unidos; hasta las películas de algunos combates de Johnson fueron prohibidas en numerosos estados. Y dado que en las últimas décadas el boxeo ha pasado a ser un deporte en el que negros e hispanos han sobresalido, se ha hecho

particularmente vulnerable a los ataques de los reformadores de la clase media blanca, quienes han demostrado muy poco interés en aunar sus fuerzas contra deportes socialmente aceptados pero igualmente peligrosos, tales como el fútbol americano, las carreras de coches y las carreras de caballos pura sangre.

El difunto Nat Fleischer, experto en boxeo y fundador de la revista *The Ring*, calculó en cierta ocasión que se habían producido decenas de miles de lesiones desde el inicio del boxeo moderno en la última década del siglo XIX, entendiendo por «moderno» la introducción de las reglas del marqués de Queensberry, que exigían guantes

acolchados, asaltos de tres minutos, descansos de un minuto entre asaltos, combate continuo durante los asaltos, etcétera. (La época del combate a puño limpio, pese a su popular reputación por su brutalidad, era mucho menos peligrosa para los púgiles: antes se rompen los puños que la cabeza). Entre 1945 y 1985 han muerto en Estados Unidos al menos trescientos setenta boxeadores por lesiones directamente atribuidas al combate pugilístico. Además del infame combate entre Griffith y Paret, ha habido muchos más a los que se ha dado gran publicidad: Sugar Ray Leonard mató al joven boxeador Jimmy Doyle en 1947, por

ejemplo, cuando defendía su título de los pesos welter; Sugar Ramos ganó la corona de los pesos pluma en 1963 al dejar K.O. al campeón Davey Moore, quien nunca recuperó el conocimiento; Ray Mancini mató al surcoreano Duk Koo-Kim en 1982; el ex-campeón peso pluma Barry McGuigan mató al nigeriano «Young Ali» en 1983. Tras la muerte de Duk Koo-Kim, el Consejo Mundial de Boxeo redujo los combates por título a doce asaltos. (La Asociación Mundial de Boxeo mantiene los quince. En la época de los combates maratón, sin embargo —desde 1892 hasta 1915—, libraban hasta cien asaltos; el récord es de ciento diez, en 1893, y duró unas

insólitas siete horas. El último campeonato de cuarenta y cinco asaltos fue librado por el campeón negro Jack Johnson y su sucesor, la Esperanza Blanca Williard, en 1915: el combate duró veintiséis asaltos bajo un sol de justicia en La Habana, hasta que Johnson se desplomó).

Decir que el índice de muertes y lesiones en el cuadrilátero no es extraordinario si se compara con los de otros deportes es interpretar erróneamente la naturaleza de las críticas formuladas contra el boxeo (y no contra otros deportes). Sin duda alguna, la imagen misma del boxeo resulta repulsiva para muchos porque no

puede ser asimilada a lo que deseamos conocer del hombre civilizado. En una sociedad tecnológica que posee métodos incalculablemente refinados para la destrucción en masa (piénsese cuántas veces tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética habrán fantaseado con borrar al otro del mapa), el despliegue pugilístico de agresividad directa, completa y aparentemente natural es demasiado explícito para tolerarse.

Lo cual nos retrotrae a la paradoja del boxeo: su obsesivo atractivo para muchos que encuentran en él no sólo un espectáculo que comporta sensacionales proezas de destreza física, sino también una experiencia emocional imposible de

comunicar con palabras; una forma de arte, como lo he sugerido, desprovista de análogo natural en las artes: por supuesto, también es primitiva, del mismo modo en que pueden considerarse primitivos el nacimiento, la muerte y el amor erótico, e impone nuestro reticente reconocimiento de que las experiencias más profundas de nuestra vida son acontecimientos físicos, aunque nos consideramos, y seguramente somos, seres esencialmente espirituales.

*Nunca me ha gustado
la violencia.*

SUGAR RAY ROBINSON,
ex-campeón mundial de
pesos welter y medios

Para el ojo no entrenado, la mayoría de los combates pugilísticos parecen no solamente salvajes, sino demenciales. A medida que la mirada se ejercita, el espectador comienza a ver las complejas pautas que subyacen en la

«demencia», y se entienden como coherentes e inteligentes, a menudo inspiradas, las que al principio sólo parecían acciones confusas. Incluso el espectador a quien en principio disgusta la violencia puede llegar a admirar el boxeo de altura: a admirarlo más allá de toda proporción de «cordura». Un brillante combate de boxeo, vertiginoso en sus movimientos, en el que las cosas suceden a una velocidad mucho mayor de la que la mente es capaz de absorber, puede tener la fuerza que Emily Dickinson le atribuía a la gran poesía: sabes que es grande cuando te vuela la cabeza. (La imagería física que emplea Dickinson es peculiarmente apta

para este contexto).

Sin embargo, esta impresión inicial —que el boxeo es «demencial», o que imita actos propios de la locura— no me parece menos válida por ser, gradualmente, modificada a fondo. Nunca borra, nunca es del todo olvidada o superada; sencillamente se hunde bajo el umbral de la conciencia, como las experiencias más aterradoras y paralizantes de nuestra vida se sumergen bajo la superficie de la conciencia mediante la familiaridad o por supresión deliberada. Así sabemos, pero no conocemos (conscientemente), ciertos hechos intolerables relativos a la condición humana. No conocemos

(conscientemente), pero *sabemos*. No obstante, todos los aficionados al boxeo, acostumbrados al deporte, al margen de las décadas que hayan invertido en su obsesión, saben que el boxeo es demencia pura, pese a toda su belleza ocasional. Esa certidumbre es nuestro lazo común y a veces —¿nos atrevemos a decirlo?— nuestra común vergüenza.



Ver boxear de cerca, y en serio, es arriesgarse a momentos que podrían llamarse de pánico animal: una sensación no sólo de que algo muy desagradable está ocurriendo sino que además, por contemplarlo, se es cómplice. Esta conciencia, o revelación,

o debilidad, o milimétrica fisura de nuestra personalidad puede producirse en cualquier instante, inesperada y espontáneamente; aunque desde luego tiende a apoderarse del espectador cuando éste está contemplando un combate realmente violento. Yo lo siento como un vértigo —una falta de respiración—, una repugnancia que trasciende el lenguaje: un aborrecimiento puramente físico. Cae por su propio peso que eso también es, aunque primariamente, autoaborrecimiento.

Pues el boxeo no es en realidad metáfora, sino que es en sí. Y mi predilección por ver los combates

grabados, cuando ya los resultados se conocen, no altera el hecho de que, mientras los combates tuvieron lugar, lo hicieron en tiempo presente, y solamente una vez. Lo demás es subterfugio: el incómodo «control» del intelectual sobre su material.

Es imposible ver las primeras peleas de Dempsey, ya antiguas, y no sentir ese *frisson*^[4] de temor, pese a la mala calidad de las filmaciones, el arcano ritmo de las figuras humanas. O, diría yo, la trilogía de combates Zale-Graziano, de los que la gente habla con temerosa admiración cuarenta años después. Un conocido mío lo sintió en un combate entre Joe Louis y un

contrincante hacía tiempo olvidado. Otro, en uno de los «grandes» combates sucios de Willie Pep y Sandy Saddler —«la pequeña perfección blanca contra la muerte en pantalones a cuadros rojos»— como escribió el poeta Philip Levine sobre aquel dúo infame. Y Duk Koo-Kim, y Johnny Owen, y en una década anterior el desventurado Benny Paret, atrapado en las cuerdas mientras el árbitro Ruby Goldstein permanecía inmóvil, incapaz de interferir...

¿Y Paret? Paret murió de pie. Mientras recibía aquellos dieciocho puñetazos algo le sucedió a todos cuantos se hallaban al alcance

psíquico del acontecimiento. Una parte de su muerte se cernió sobre nosotros. Se sintió flotar en el aire. Él estaba aún de pie contra las cuerdas, acorralado igual que antes, esbozó una media sonrisa de lástima, como si estuviera diciendo: «No sabía que fuera a morir tan pronto», y entonces, con la cabeza inclinada hacia atrás pero aún erguida, la muerte vino a echarle el aliento. Comenzó a perder el sentido. Fue bajando con una lentitud nunca vista en otro boxeador, bajó como un gran barco que, en picado, se desliza segundo a segundo hacia su fosa. A medida que se hundía, el sonido de

los golpes de Griffith hacían eco en la mente, como un hacha pesada que a lo lejos hiende un tronco mojado.

(NORMAN MAILER

Diez mil palabras por minuto)

Para un amigo mío fue un sangriento combate librado por el peso ligero Bobby Chacón lo que lo llenó de espanto, aunque, irónicamente, Chacón volvió para ganar el combate (tal como era capaz de hacerlo en otros tiempos). Para otro amigo, un colega novelista enamorado del boxeo desde la niñez, fue el combate Hagler-Hearns de 1985: quedó aterrado por su propia y extasiada

participación.

En esos momentos uno se pregunta: ¿Qué está sucediendo?, ¿por qué estamos aquí?, ¿qué significa esto?, ¿puede alguien detener esto? Mi terror al ver cómo Floyd Patterson quedaba grogui por los golpes de Sonny Liston no se vio mitigado por mi comprensión racional de que había ocurrido hacía mucho tiempo y que, en realidad, Patterson se encuentra actualmente en perfecto estado de salud, entrenando para el boxeo a un hijo adoptivo. (Liston, naturalmente, hace años que está muerto: murió por sobredosis de heroína, a los treinta y ocho años de edad y en circunstancias

«sospechosas»). Tal vez más justificada estuvo mi desagradable sensación de que el boxeo es sencillamente algo malo, un error, una actividad ilegal por alguna razón bajo la protección de la ley, cuando, hace algunas semanas, en marzo de 1986, sentada entre un público de salón de las afueras de Trenton que miraba, en súbito silencio y en circuito cerrado de televisión, al peso gallo Richie Sandoval tumbado boca arriba e inmóvil... con toda probabilidad muerto a consecuencia de una paliza salvaje que el árbitro, por alguna razón, no había detenido a tiempo. Mi convicción me decía que cualquier cosa era preferible al boxeo, cualquier cosa era preferible a

contemplantarlo siquiera un minuto; por ejemplo, salir al estacionamiento y pasar allí el resto de la velada mirando el asfalto manchado...

Un amigo que es periodista deportivo quedó horrorizado por el mismo combate. En una carta habló del intermitente asco que sentía por el deporte que había estado observando la mayor parte de su vida, y del que había escrito durante años: «Es un poco como un mal amor: soportar el dolor, esperando sus secuelas hasta el último buen momento. Y como en el mal amor, llega el punto del desgaste, cuando la recompensa del buen momento no parece valer la pena...». Sin embargo

no renunciamos al boxeo; no es así de fácil. Quizás sea como probar la sangre. O, en términos más discretos, como el amor mezclado con el odio es más fuerte que el amor. O como el odio.

El espectáculo de dos seres humanos que luchan entre sí por la razón que sea, incluyendo, en ciertas ocasiones bien publicitadas, insólitas cantidades de dinero, resulta sumamente inquietante porque viola un tabú de nuestra civilización. Muchos hombres y mujeres, por mucho que se endurezcan, no soportan ver un combate de boxeo porque no pueden permitirse ver qué es

lo que están viendo. Se piensa, irremediablemente, que eso no puede estar sucediendo, aun cuando, y por lo general muy rutinariamente, *está* sucediendo. En este sentido, el boxeo como espectáculo público, es pariente de la pornografía: en ambos casos el espectador se convierte en *voyeur*, distanciado y sin embargo, se supone, íntimamente involucrado en un acontecimiento que no debería estar ocurriendo tal como está ocurriendo. El «drama» pornográfico —aunque tan fraudulento como la lucha libre profesional— pretende ocuparse de algo absolutamente serio, cuando no humanamente profundo: no trata tanto de

sí mismo como de la violación de un tabú. Seguramente en el núcleo de la pasión de nuestra cultura por la pornografía subyace que el tabú sea espiritual más que físico o sexual, que el amor —nuestra experiencia humana más valiosa— esté siendo execrado, parodiado, burlado. En otra cultura, no definida por valores espirituales y emocionales, la pornografía no podría existir: ¿quién pagaría por verla?

La diferencia obvia entre el boxeo y la pornografía es que el boxeo, a diferencia de la pornografía, no es teatral. No es —salvo en ocasiones tan poco frecuentes que no son relevantes— ni ensayado ni simulado. Su violación

del tabú contra la violencia («No matarás» en su forma primigenia) es abierta, explícita, ritualizada y, como he dicho, *costumbre*, lo cual confiere al boxeo ese aire sobrenatural. A diferencia de la pornografía (y la lucha libre profesional) es por completo real: la sangre derramada, los daños sufridos, el dolor (usualmente suprimido o sublimado), no son fingidos. Desaconsejable para hemofóbicos, el boxeo es un deporte en el que la sangre se torna rápidamente insignificante. El observador experimentado entiende que el rostro sangrante del boxeador es probablemente la menor de sus preocupaciones y puede, de hecho, no

significar nada; basta pensar en el rostro escandalosamente ensangrentado pero siempre triunfal de Rocky Marciano, en la frente de Marvin Hagler chorreando sangre aun cuando venció a Thomas Hearns. El boxeador profusamente sangrante y sus asistentes no están preocupados por su cara cortada sino por la posibilidad de que se suspenda el combate, lo cual implica para el adversario la victoria por K.O. técnico. Recordemos a Ray «Boom Boom» Mancini en su segundo combate contra Livingstone Bramble, cuando trataba desesperadamente de quitarse con los guantes la sangre que brotaba a chorros de los largos cortes de sus párpados:

fueron necesarios veintisiete puntos de sutura. (Bramble, pragmático como todo boxeador, castigó los sufridos ojos de Mancini tanto como le fue posible. De los 674 golpes dados por Bramble, 255 fueron a la cara).

Del mismo modo en que el boxeador es entrenado para luchar hasta que no pueda más, también es entrenado —o está por naturaleza dotado— para pelear de pie aun inconsciente. En mi recuerdo permanece indeleble la imagen del desventurado surcoreano peso ligero Duk Koo-Kim esforzándose por levantarse de la lona después de que un golpe de Mancini le reventara un vaso sanguíneo del cerebro, como si su

cuerpo poseyera su propia voluntad demoníaca incluso en el umbral de la muerte. Se dice que Joe Louis, sumamente aturdido por Max Schmeling en su primer combate, boxeó varios asaltos en estado de inconsciencia: su cuerpo, bellamente acondicionado, ejecutó los movimientos aprendidos como un reloj mecánico. (Y fue durante ese asalto perdido cuando quedó de manifiesto el prodigioso talento de Louis para la resistencia, y por ende para el gran boxeo). Es tan habitual esta especie de boxeo «desconocedor del miedo» que la conducta del peso pesado Jesse Ferguson en su combate contra Mike Tyson en febrero de 1986 —

aferrándose, sujetando los guantes de Tyson, negándose realmente a luchar—llamó la atención como algo anormal, cuando de hecho era del todo natural, la forma en que se comportaría el hombre medio en tan desesperada situación. Pero el boxeo es contrario a la naturaleza.

Una de las paradojas del boxeo es que el espectador habita una conciencia tan distinta a la del boxeador que sugiere un antimundo. La «libre» voluntad, la «cordura», la «racionalidad» —nuestros modos de conciencia característicos— son irrelevantes, cuando no perjudiciales, para el boxeo en sus momentos más

extraordinarios. Incluso cuando se desviste ceremoniosamente en el cuadrilátero, el gran boxeador debe despojarse tanto de la razón como del instinto de precaución mientras se prepara para luchar.

17

Dustin Hoffman recuerda un combate de boxeo que vio cuando era niño: mientras el púgil victorioso abandonaba el cuadrilátero para marcharse por el pasillo, un extasiado aficionado, un hombre, lo siguió de cerca para recoger todo el sudor que podía del cuerpo del boxeador y mojarse con él.

Al observador le asombra la intensa preocupación del boxeo por su propia historia, su continuo homenaje a una

galería de héroes... ¿O acaso santos? En Deer Lake, el campo de entrenamiento de Muhammad Ali, en Pensilvania, los nombres de los campeones pesos pesados —Louis, Marciano, Liston, Patterson y otros— están pintados en letras blancas sobre enormes rocas iconográficas. «Jack Dempsey» se puso el nombre por el campeón de los pesos medios Jack Dempsey (1884-1891, conocido como Dempsey el «Sin-igual» porque derrotó a todos cuantos combatieron contra él). «Sugar Ray» Leonard adoptó descaradamente el alias de «Sugar Ray» Robinson, un acto de audacia que no resultó embarazoso. La cabeza afeitada de Marvin Hagler evoca

en nuestra memoria de imagen de Rubin «Huracán» Carter y, más allá, la del mismísimo Jack Johnson, el primero y muy posiblemente el más grande de los boxeadores insolentemente *negros*, a quien Cassius Clay/Muhammad Ali también admiraba. Es tal la frecuencia con que se evocan estos pocos nombres —Dempsey, Louis, Marciano, Pep, Robinson— que cualquiera podría pensar que estos boxeadores son nuestros contemporáneos y no campeones de épocas pretéritas.

Si el boxeo agota como ningún otro deporte a la mayoría de sus practicantes en una lucha darwiniana por la supervivencia, también honra a unos

pocos, los sacraliza en el *glamour* de la inmortalidad, de modo que el peligro queda sin duda justificado. Como en cualquier religión, presente y pasado son mágicamente una sola cosa; el tiempo, y también la muerte, son derrotados. Los muertos inmortales están siempre con nosotros, no sólo recordamos sus nombres y los borrosos contornos de sus carreras sino también asaltos individuales, momentos en que se lanzaron y recibieron golpes decisivos, el tamaño del puño de un boxeador, la medida de su alcance, su edad al comenzar y al retirarse, su récord de victorias, derrotas y empates. El *uppercut* que Jack Johnson usó contra

Stanley Ketchel en 1909, el famoso «cambio» de Fitzsimmons de 1897 (cuando éste derrotó a «Gentleman» Jim Corbett en el combate por el título de los pesos pesados), el despiadado gancho de izquierda con el que Jack Dempsey sorprendió a un distraído Jack Sharkey en 1927... Los diversos K.O. de derecha de Rocky Marciano... El misterioso golpe de Cassius Clay en el primer minuto del primer asalto de su segundo combate con Sonny Liston... El gancho izquierdo con que Joe Frazier tumbó de espaldas a Muhammad Ali en el decimoquinto asalto de su primer combate: todos ellos son conmemorados. La típica imaginación

del reportero que escribe sobre boxeo es, más que estimulada, inflamada... Se suele fantasear con combates en los que boxeadores de distintas épocas se enfrentan unos a otros: Marciano y Dempsey, Louis y Ali, Hagler y Robinson, el Sonny Liston de 1961 y el George Foreman de 1973. Boxeadores de distintos pesos confrontados en el mismo cuadrilátero: ¿cómo lo habrían hecho Willie Pep o Benny Leonard o Roberto Durán contra Louis, *equipados con el peso necesario*? Aunque el interés por los récords del pasado es común a la mayoría de los deportes, en el boxeo tiene algo de inusualmente intenso, quizás porque en boxeo el

individuo está, o parece estar, muy solo. Al igual que el santo, da la impresión de haber alcanzado su redención a través del esfuerzo incesante y solitario.

El pasado del boxeo existe en una relación sobrenaturalmente real y vital con el presente. Los muertos no están muertos, o no simplemente muertos. Cuando, por ejemplo, Larry Holmes realizó su mal aconsejado intento de igualar el récord de Rocky Marciano (cuarenta y nueve victorias, cero derrotas), fue como si de pronto Marciano viviera de nuevo, su nombre y sus fotos aparecieron en todos los diarios, se publicaron entrevistas a su familia. Michael Spinks resucitó no sólo

a Billy Conn, el campeón de los semipesados que fue derrotado por Joe Louis en un famoso combate en 1941 (y de nuevo en 1946), sino a toda una serie de campeones de la misma categoría que fueron derrotados por campeones de los pesos pesados: Georges Carpentier, Tommy Loughran, Joey Maxim, el inagotable Archie Moore. El espectacular primer asalto del combate Hagler-Hearns provocó reminiscencias de los «primeros asaltos más grandes de todos los tiempos». (El número uno sigue siendo el de Dempsey contra Firpo, 1923). La Galería de Famosos de *The Ring* —a la que fue reciente y tardíamente incorporado por elección el

polémico Jake LaMotta— equivale al santoral de elegidos por el Vaticano, salvo que, en la práctica, los elegidos del boxeo son calibrados con mayor precisión: sus santos son clasificados en diversos grupos y subgrupos, y el método de sufragio es sumamente complejo. (Por cierto, no hay publicación intelectual en los Estados Unidos tan escrupulosamente atenta a su historia como esta famosa revista de boxeo, fundada por Nat Fleischer en 1922, en la que pasado, presente y un futuro hipotético son incansablemente examinados, y en la que pueden encontrarse artículos sobre temas como «Las mayores decepciones en la historia

del *ring*», «Los combates más desiguales», «Los mejores ganchos de izquierda», «Cuando un hombre pequeño y bueno *sí* derrotó a un hombre grande y bueno»).

Es como si a través de las más arduas exigencias de la personalidad física, el boxeador pudiera —a veces— trascender lo meramente físico; como si pudiera, si es afortunado, ser absuelto de su mortalidad. El instinto está, por supuesto, estrechamente vinculado al deseo de fama y de riqueza (¡aquellos legendarios campeones y sus Cadillac de color púrpura!), pero no es, en última instancia, idéntico a él. Si el cuadrilátero de boxeo es un altar, no lo

es tan sólo para el sacrificio sino también para la consagración y la redención. A veces.

... Soy estudiante de segundo año [en un campus de la SUNY, en el interior del estado de Nueva York] y durante los períodos académicos voy a entrenarme a un gimnasio del centro, cinco días a la semana. El gimnasio está completamente libre del ambiente universitario, en el más amplio sentido de la palabra. A través del boxeo logro liberar agresividad... Aún no he librado mi primer combate de aficionado. Mi entrenador dice que

cuando hago de pareja de entrenamiento no doy la impresión de querer hacerle daño a mi adversario. «Tienes que desear fervientemente hacerle daño, porque él sí que te lo hará». Me temo que mi escasa sed de sangre se debe al miedo a ir demasiado lejos, física y/o mentalmente. Por mucho que me esfuerce en el gimnasio, algo en mí me reprime...

No tengo nada claro qué es lo que en principio me atrajo hacia el boxeo. Nadie de mi entorno inmediato ha mostrado jamás el menor interés en ello. Lo que empezó como un tontear de aquí para allá en el gimnasio, pronto acabó convirtiéndose en casi una

obsesión... En las vacaciones de Navidad tuve una mala experiencia que preferiría no repetir. El entrenador me dio un descanso y dijo que me iba a dejar entrenar con el equipo por un tiempo; la primera noche me encontré de pareja de entrenamiento con un tipo que me superaba ampliamente en experiencia. Aguanté una paliza de tres asaltos, sin dejar que me noqueara, pero recibiendo muchísimo castigo, sobre todo golpes cortos que aterrizaron en y alrededor de mi nariz, la cual sin duda debió de romperse hacia el final del segundo asalto. Después de la práctica el entrenador me dijo que había mostrado muchísimo

coraje. No te suenes la nariz, dijo, o se te pondrán los ojos morados, y no dejes de presentarte aquí mañana. Mientras conducía de vuelta a casa supe que «coraje» quería decir locura o estupidez, o ambas cosas, pero la ola de exaltación que sentía contrarrestaba el miedo y la agitación que se apoderó de mí antes de subir al cuadrilátero... y después, anticipando el encuentro con mis padres. Luego pasé varios días sin salir de casa, me sentía deprimido y avergonzado, pensé que después de todo quizás el boxeo no valía la pena, que tal vez no era para mí, y mucho me temía haber perdido ya el aspecto que tenía, fuera el que fuese. La cara se me

hinchó hasta alcanzar una fealdad indecible, y pasé meses con los ojos en compota.

... El semestre pasado me matriculé en un curso de introducción a la poesía y mientras lo hacía me fui convenciendo de que el mejor camino para comunicar mis motivos y sentimientos sobre el boxeo sería la poesía...

Extractos de cartas
de un joven boxeador a la autora

*Si abrieran mi cabeza
calva encontrarían
dentro un gran guante
de boxeo.
Eso es todo lo que soy.
Yo lo vivo.*

MARVIN HAGLER

Si bien el boxeo ha gozado de aceptación durante mucho tiempo en muchos países y bajo muchas formas de gobierno, tanto dictaduras como

democracias, seguramente su popularidad en Estados Unidos desde los tiempos de John L. Sullivan tiene mucho que ver con lo que los norteamericanos honran como el espíritu del individuo —su espíritu «físico»— en desafío al Estado. El notable auge del boxeo en los años veinte en particular puede considerarse una consecuencia de la disminución del individuo frente a la sociedad; el desgaste gradual de la libertad, la voluntad y la fuerza personal... «masculina», a no dudarlo, pero no únicamente masculina. ¿Qué héroe más apropiado para aquellos tiempos que el despiadado ex-camorrista de cantina Jack Dempsey, de

Manassa, Colorado? Hoy, la conciencia «totalitaria» en las naciones del bloque del Este es, a todas luces, una función del Estado, mientras que en Occidente ha llegado a parecer función de la tecnología, cuando no de la historia, o del destino inexorable. ¿Cómo dominar estas máquinas cada vez más complejas? ¿Cómo aprender tan siquiera su lenguaje cuando tantos de nosotros somos analfabetos...? El individuo existe en su supremacía física, pero ¿acaso importa el individuo?

En el espacio mágico del cuadrilátero de boxeo una pregunta tan inquietante no tiene lugar. Es allí, más que en ningún otro espacio público,

donde el individuo como ser físico único se afirma; allí, durante un instante dramático y fugaz, deja de existir el gran mundo, con su moral y sus complejidades políticas, su aterradora impersonalidad. Los hombres que luchan entre sí con tan sólo sus puños y su astucia son todos contemporáneos, todos hermanos, ajenos a cualquier tiempo histórico. El público, compañero de viaje de aquéllos, tampoco pertenece a tiempo histórico alguno. «Puede correr pero no esconderse», dijo Joe Louis en 1941, antes de su gran combate contra Conn. En el cuadrilátero brillantemente iluminado, el hombre está *in extremis* ejecutando un atávico rito o *agon* para

el misterioso solaz de aquellos que sólo vicariamente pueden participar en semejante drama: el drama de la vida en la carne. El boxeo se ha convertido en el teatro trágico de los Estados Unidos de América.



Agradecimientos

Heller, Peter: *In This Corner:
Forty World Champions Tell Their
Stories,*

Simon & Schuster, Nueva York, 1973.

McCallum, John D.:

*The World Heavyweight Boxing
Championship: A History,*

Chilton Book Co., Radnor, Pensilvania,
1974.

McIlvanney, Hugh: *McIlvanney on Boxing: An Anthology*,
Beaufort Books, Nueva York, 1983.

Mead, Chris: *Champion: Joe Louis; Black Hero in White America*,
Charles Scribner's Sons, Nueva York,
1985.

Odd, Gilbert: *Encyclopedia of Boxing*,
Crescent Books, Nueva York, 1983.

Revista *The Ring*, Nueva York, Nueva

York.

Schulian, John: *Writers' Fighters
and Other Sweet Scientists*,
Andrews & McMeel, Fairway, Kansas,
1983.

El material de documentación para la sección sobre «opponentes» fue extraído de artículos de Michael Shapiro y Budd Schulberg, publicados en el *Times* de Nueva York y *Newsday* respectivamente.

Los sociólogos David P. Phillips y John

E. Hensley, en «When Violence Is Rewarded or Punished: The Impact of Mass Media Stories on Homicide», *Journal of Communication*, verano de 1984, sostiene que los combates de boxeo muy publicitados ejercen un efecto directo y mensurable sobre el índice de homicidios, si bien introducen curiosas salvedades raciales.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a mi amigo Ronald Levao, del Queens College, quien puso a mi disposición gran parte de su colección de filmaciones y cintas de vídeo de combates que datan desde el de

Johnson y Ketchel en 1909 hasta la actualidad, y cuyos consejos y estímulos para la preparación de este manuscrito han sido valiosísimos.



JOYCE CAROL OATES nació en Lockport, Nueva York, en 1938. Es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Ha escrito más de cincuenta novelas, entre las que destacan *Qué fue de los Mulvaney*, *Blonde* y *Puro fuego*, y una variada producción de relatos y ensayos.

Ha recibido, entre otros premios, el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Fémina Étranger, la Medalla de Honor en Literatura del National Arts Club y, en 2011, la National Humanities Medal, el más alto galardón del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades. Con la magistral *La hija del sepulturero*, Alfaguara inició en el 2008 la publicación de su obra. A ésta siguieron *Mamá* (2009), *Infiel* (2010), para muchos la mejor recopilación de relato breve de Oates hasta la fecha y uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*, *Ave del paraíso* (2010), *Memorias de una viuda* (2011)

y *Una hermosa doncella* (2011), otra magistral muestra del talento narrativo de Oates.

Notas

[1] Guantes de oro. <<

[2] En castellano en el original. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] En francés en el original. <<